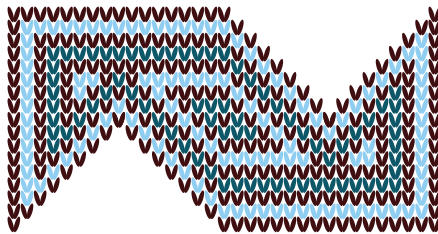


Desde el sexo y el exotismo

Etnografías de un
marica biracial en
dark rooms

Alexánder Alegría Lozada

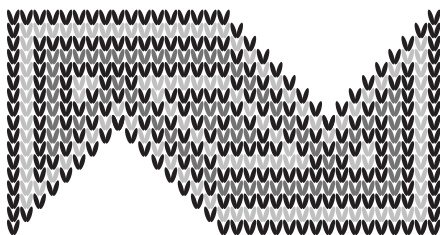


Editorial
Universidad
Icesi

Desde el sexo y el exotismo

Etnografías de un
marica biracial en
dark rooms

Alexánder Alegría Lozada



Desde el sexo y el exotismo. Etnografías de un marica biracial en *dark rooms*

© **Alexánder Alegría Lozada**

Cali: Universidad Icesi, 2021

122 pp, 14 x 21,5 cm

ISBN 978-958-5184-28-2 (PDF)

DOI: <https://doi.org/10.18046/EUI/rev1.2021>

Palabras claves: 1. Sexualidad 2. Identidad 3. Género 4. Etnografía 5. Sociología.

Clasificación Dewey: 306.7 - ddc 21

© **Universidad Icesi**

Noviembre de 2021, primera edición.

Rector Universidad Icesi

Francisco Piedrahita Plata

Secretaria General

Maria Cristina Navia Klemperer

Director Académico

José Hernando Bahamón Lozano

Decano de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales

Jerónimo Botero Marino

Coordinador Editorial

Adolfo A. Abadía

Editorial Universidad Icesi

Calle 18 No. 122-135 (Pance), Cali - Colombia

Teléfono. +57 (2) 555 2334

E-mail: editorial@icesi.edu.co

<https://www.icesi.edu.co/editorial>

Revisión de estilo

Sandra M. Cubillos G.

Diseño de portada y diagramación

Ladelasvioletas - ladelasvioletas@gmail.com

Publicado en Colombia / *Published in Colombia*

La Editorial Universidad Icesi no se hace responsable de las ideas expuestas bajo su nombre, las ideas publicadas, los modelos teóricos expuestos o los nombres aludidos por el autor. El contenido publicado es responsabilidad exclusiva del autor, no refleja la opinión de las directivas, el pensamiento institucional de la Universidad Icesi, ni genera responsabilidad frente a terceros en caso de omisiones o errores.

El material de esta publicación puede ser reproducido sin autorización, siempre y cuando se cite el título, el autor y la fuente institucional.

Índice

- 7 **Agradecimientos**
- 9 **Prólogo**
- 13 **Introducción**
- 19 **Capítulo 1. Arquitectura, oscuridad y sexo**
 - 19 Sobre los *dark rooms*
 - 21 Gaixample
 - 24 Los espacios
 - 51 Imaginación y anonimato
- 55 **Capítulo 2. Los diarios**
 - 57 Diario de un blanqueado
 - 61 Diario de un exótico
 - 64 Diario de un exotizado
 - 70 Diario de un etnógrafo exotizado
 - 77 Exótico, pero...
 - 80 Lo no explorado
- 85 **Capítulo 3. Por un avance en el estudio de lo *indigno***
 - 85 Sobre lo *indigno*
 - 87 ¿Qué son lo *dark rooms*?
 - 91 Sobre la socialidad

- 94 La categoría
- 97 Más allá –o más acá– de la
homosocialidad subterránea

105 Conclusiones

113 Referencias

119 Sobre el autor

A mi madre.

Agradecimientos

Son muchas las personas, muchas. Tengo que empezar agradeciendo a mi madre, a su paciencia, su calma y, al final, la sensatez con la que admitió el valor de este trabajo que ahora es un libro, cuanto me hubiera gustado haberle hecho una dedicatoria. A mi tutora, la profesora Viviam Unás. Por su ritmo y por el mío, por su tiempo y por correr conmigo. Por insistir y por dejarme insistir a mí. Fue un honor ser dirigido por una persona a quien además admiro. A la profesora Aurora Vergara, por la espera, por las invitaciones al semillero, por aceptar mis rechazos a este, por el tiempo, por sus asesorías y por la bibliografía.

Al profesor José Antonio Langarita quien, sin ser mi tutor oficial, tomo tiempo para atenderme presencialmente y por Skype siempre que lo necesité. Por sus consejos, el material bibliográfico y las experiencias metodológicas: por investigar para resistir. A mis informantes: los de Cali por ayudarme a empezar a entender y los de Barcelona para darles voz. Muchas gracias, no me cansaré de agradecerles.

No puedo dejar de agradecer al Semillero de Estudios Afrodiaspóricos, por permitirme reflexionar con ustedes. A la antropóloga Laura Vanin, a la politóloga Natalia Domínguez, y al antropólogo Juan Sebastián Barrios, gracias por abrir *The Black Forum*, por leerme quienes lo hicieron y por compartir sus experiencias más íntimas, por hacer un espacio seguro para descubrir(nos).

A mi amigo, Ton Augé. Gracias por su imprudencia al actuar. Tené cuidado Toni, pero gracias. A mi amiga Daniela Ortiz y a mi amigo

Cesar Chávez, por ayudarme a elaborar ideas cada que lo necesité. A mi amiga Ana Fernanda Agudelo, por mandarme el artículo sobre *dark rooms* sin el cual esta investigación quizá no hubiera iniciado.

A todos y todas quienes estuvieron pendientes. Algunos nombres se me escapan, otros no caben, pero gracias por su largo aliento.

Prólogo

Cuando Alexánder me contó que quería investigar sobre los encuentros sexuales de varones en *dark rooms* lo disuadí delicadamente. Le dije que, aunque seguro lo leería mucha gente, sería difícil escribir algo más extenso que una etnografía bien hecha. Él pareció tomarme en serio pero la verdad es que nunca lo hizo. Al poco tiempo regresó con la idea de incluir el espacio y la oscuridad en tanto *agentes*. Ya antes le había escuchado acariciar la idea de que la sexualidad homoerótica podía considerarse como una práctica subterránea: una práctica societal. La noción de *socialidad subterránea* alude a experiencias que se tejen, como sugeriría Maffesoli, en torno a una centralidad que es secreta en tanto vincula de un modo difícilmente descifrable. Es en esta socialidad subterránea en la que se pactaron las tribalidades de los punketos en los 80 y es esta, en una presentación más sutil, la que atraviesa el modo de relacionarse, el *trato*, que se forja entre personas jóvenes y que termina excluyendo, sutil e irremediabilmente, a las mayores. Es un algo que junta en los márgenes de las instituciones e integra en una suerte de intimidad no familiar, no doméstica y a veces tan sanguínea como transitoria.

Pues bien, para Alexánder esta socialidad de los *dark rooms* se estructuraba sobre la oscuridad como espacio y agente del encuentro sexual. Ya tenía un nombre para esta hipótesis: la “estructura física del secreto”. A esta altura ya había entendido que no valía la pena discutir con él. Que había que seguirlo y ver si podía ayudarlo en algo. Fue entonces cuando me dijo que haría su investigación en Barcelona, no en Cali, por razones que en el

camino fue buscando y encontrando. Esta vez mi estrategia fue otra. No me opuse, pero le pedí a un amigo, que había investigado sobre el tema, que le mostrara, por favor, las dificultades que esta decisión acarrearía. Mi amigo me llamó a los dos días para decirme que no había caso y que mejor que no lo hubiera pues Alexánder tenía una gran idea entre manos.

Por esta razón parte de mi trabajo como tutora sucedió a distancia y a destiempo. No obstante pude seguir a Alexánder mientras acosaba obsesivamente a este o a aquel profesor que podía iluminar un hallazgo, lo vi explorar el mapa de Barcelona, leí apartes de sus diarios de campo, recibí sus llamadas a horas imposibles para contarme ideas que nunca dejaron de bullir. Alexánder se tomó en serio su trabajo. Se lo tomó tan en serio que deshizo sus pretensiones iniciales cuando el camino le mostró otra cosa e hizo descubrimientos por los que se dejó con-mover. El más importante de ellos sucedió, como él mismo lo cuenta en su trabajo, en el metro de Barcelona, cuando vio su propio cuerpo en medio de los otros: *soy negro, profe, me dijo, soy negro y por eso les parezco sexi*. Y entonces su investigación dejó de ser sobre los hombres que tienen sexo con otros hombres en *dark rooms*. No se dejó atajar por mis intenciones de traerlo al orden. Se contactó con el CEAF, leyó a investigadoras afro que hablan sobre su sexualidad instrumentalizada en procesos de investigación y empezó a ir del dark room a su cuerpo exotizado, deseado, cosificado: de la oscuridad como estructura a las conversas que sobre su *fenotipo brasilero* sostuvo con otros hombres. Alexánder siguió con rigor y curiosidad los vaivenes del trabajo de campo y renunció a la tentación de ajustar los datos a sus hipótesis preliminares. Destruyó las hipótesis, modificó su punto de vista como investigador, cambió los objetivos y produjo un texto tan vibrante como el proceso que lo gestó.

En su documento final Alexánder consigue establecer relaciones –en ocasiones de gran alcance sociológico– entre la ciudad de Barcelona y su condición de *marica birracial* o entre la arquitectura de los *dark*

rooms y el tipo de prácticas sexuales que los hombres tienen en ellos. Su trabajo habla de deseo y consigue describir la experiencia de desear sin aislar lo que hay en esta de estructura patriarcal, de gozo subjetivo, de fiesta y de poder masculino. Critica las formas de discriminación y valoración sexual que sobre los cuerpos se establecen entre hombres, pero también sucumbe a ellas y las aprovecha, y sobre todo, expone diáfananamente estas contradicciones. Encuentra que los *dark rooms* tienen una estructura, que moldea y regula la sexualidad, y que no *todo es posible* en ellos, como le había sugerido la literatura que encontró sobre el tema: esta estructura es la oscuridad, propiciada por la complejidad arquitectónica, frente a la cual los sujetos no tienen de otra que plegarse o intentar subvertirla con tácticas deficitarias. Estas y otras conexiones atraviesan el texto de Alexánder como un destino *natural* de la sociología que aprendió y de la sociología que le gusta.

El resultado es un documento que no solo está pulcramente escrito, sino que también es atrevido: mezcla fragmentos de series de televisión con escenas de encuentros sexuales en el *dark room* y citas académicas. Está escrito en una primera persona radical, que no teme emplear malas palabras, pero que también exhibe argumentaciones intelectuales muy pulidas. Es un texto fácil de leer, divertido, escrito sin moralismos, ligero y a la vez de ideas densas, inteligentes.

Alexánder va más allá de escribir un buen texto: encuentra un tono, un estilo personal, una voz. Encuentra un modo de hacer y contar sociología que sabe a nuevo y sabe bien.

Viviam Unás
Universidad Icesi

Introducción

Es difícil pensarse una introducción que advierta lo que yo no advertí cuando inicié esta investigación. Las introducciones, quizá, deberían ser seguras y concretas. Tal vez no deberían ser la sección donde uno expresa dudas y problemas de campo. Sin embargo, este no es un libro clásico. Ya ves que me he gastado todo un párrafo hablando de cómo deberían ser las introducciones y ni he hablado del contenido del libro.

Tenía en mente varias formas de describir este libro, pero las descripciones eran odiosas. La mayoría tenían muy buenas intenciones, como no las tuvo esta investigación. Cuatro intros después, abandoné cualquier intento de definir este libro más allá de *este no es un libro clásico*.

Hace un par de años, traté de que el documento final de esta investigación fuera re escandalizante en mi intento político por “deshigienizar” las ciencias sociales. Intento que no he hecho solamente yo y que, por un montón de razones, es llevado a cabo con éxito por otros autores como Carrascosa y Saéz (2014). Quizá ese intento se dio por mi propio escándalo. Pero a ver, ya basta de introducir la introducción.

Hay quizá algo excitante y deplorable en follar de noche en un parque al lado de los botes de basura. En citarse por internet en la casa de alguien para un rapidito y no saber si te va a robar. En entrar a un lavabo buscando complicidad con temor a equivocarse. En chuparla en una zona de construcción a media noche mientras

se acerca alguien, sin saber si les va a golpear o se quiere unir. En entrar a un *cuarto oscuro* y dejarse llevar por las manos mientras se folla con la oscuridad, mientras se folla con quién sabe quién. Siempre con quién sabe quién. A lo mejor ya lo has visto antes, o no. A lo mejor ya has follado con él antes pero no te acordás o ni lo viste. A lo mejor te encontrás con el mejor polvo del año o tenés que correr por tu vida.

Pero no es tan simple, no cualquiera puede llegar a estos lugares y unirse. Existen códigos: miradas, movimientos, silencios y momentos. Existen hombres: heterosexuales, homosexuales, bisexuales, trans, casados, solteros, negros, blancos, migrantes, refugiados, privilegiados, queer, pasivos, activos, versátiles, viejos, jóvenes, ricos y pobres. Existen peligros y estrategias. Cada espacio trae sus vicisitudes. Cada espacio implica un público, unas realidades y unas intimidades.

Los espacios de los que nos ocuparemos a lo largo de este libro son los *dark rooms* o cuartos oscuros, lugares con poca o ninguna iluminación diseñados para que los hombres tengan sexo dentro de ellos. Estos espacios pueden ser establecimientos comerciales cuyo único fin lucrativo sea cobrar la entrada y/o membresía del *dark room*, o bien pueden ser bares, discotecas o *sex-shops* que, además, cuentan con un dark room. Es decir, que su fin lucrativo no depende exclusivamente del cuarto oscuro.

Hablar del sexo con desconocidos en lugares *poco convencionales*, nos lleva inequívocamente a hablar de *cruising*. Pero este término no se refiere solo al acto sexual, sino al conjunto de normas, rituales y comportamientos que tienen lugar antes, durante y después del acto sexual entre hombres (Reece y Dodge, 2008, p. 114).

Los lugares de *cruising* suelen ser tan públicos como para permitir que haya un desfile importante de posibles compañeros sexuales y tan privados como para facilitar los encuentros sexuales entre los mismos (Reece y Dodge, 2008, p. 113).

Sin embargo, desconocer las maneras en que se interactúa dentro de este ritual, hace al mismo invisible para muchos, incluso a la vista de todos. El temor a ser descubierto y el deseo de reconocer y ser reconocidos por los *otros* es un sentir pendular en esta actividad (García, 2004, p. 61). El silencio alivia un poco la fuerza con la que se mueve el péndulo. No hay palabras en el *cruising* y esa es la regla general.

El silencio da paso a la comunicación no verbal, que especializa el lenguaje que guía el ritual; evita la invención de historias, el coqueteo innecesario y reduce el tiempo para obtener el resultado esperado; y es esencial para el anonimato, pues solo se presenta la información necesaria para garantizar el encuentro sexual (Langarita, 2013).

Diversos autores y autoras han propuesto aproximaciones sobre el *cruising* y/o los *dark rooms* desde las Ciencias Sociales, con una perspectiva crítica y alejada de cualquier moralina oxidada (Langarita, 2013, 2015, 2017; Reece y Dodge, 2018; Díaz-Benitez, 2007; García, 2004; Helquis y Osmon, 2008). Sin embargo, otras aproximaciones no se han hecho esperar. Aquí el escándalo del que les hablaba antes.

Cardozo-Cruz y Ramírez-Pereira (2015) en su intento por, y en sus palabras, “hacer visible lo invisible”, no hacen más que dejar en evidencia imaginarios que poco o nada tienen que ver con las complejidades del *cruising* y los *dark rooms*. Su investigación tuvo por objetivo explorar las representaciones sociales que se tienen sobre los cuartos oscuros en Santiago de Chile.

Luego de revisar el texto quedan varias anotaciones. Primera: definir los cuartos oscuros como espacios que “todo lo permite”. Segunda anotación: describir las prácticas sexuales que allí tienen lugar, como prácticas “carentes de afectos y [que] solo pretenden satisfacer un impulso sexual.” (p. 893).

Me impresiona, creo, la imposibilidad de estxs autorxs por pensar el sexo por fuera del amor, no entiendo la necesidad de definir el sexo a

partir de su relación con el compromiso, incluso si no la tiene. A ver, qué sí entiendo porque lo hacen, pero es hora de estrenar nuevos discursos. Infortunadamente, esta aproximación a las relaciones sexuales no es exclusiva de esta investigación. Por otro lado, explicar los cuartos oscuros como espacios que todo lo permiten es una definición tan poco útil, que deja en evidencia el vacío metodológico en campo: desconoce el espacio, sus condiciones y las formas en que se estructuran los comportamientos una vez dentro.

Para terminar, afirmaciones en su artículo que van así: “incluso se reconoce el impacto que el uso de estos lugares puede tener sobre la salud de las mujeres” (891) y no vienen acompañadas de datos que justifiquen la relación entre los hombres que asisten a *dark rooms* y las mujeres que contraen infecciones de transmisión sexual, son tan desafortunadas como poco éticas. No hacen más que contribuir a la estigmatización del sexo entre los mismos. Sin bibliografía sobre *dark rooms*, *cruising*, sexo anónimo entre hombres u homofobia, el artículo *Los cuartos oscuros y los hombres que tienen sexo con hombres: haciendo visible lo invisible*, muestra un enfoque moralista más que salubrista.

Reece y Dodge (2004) muestran cómo es posible estudiar el *cruising* desde la salud pública sin moralina. De hecho, los autores exponen que su investigación, además de alejarse de una perspectiva higienizante, propone un análisis multidimensional de la salud pública en estos hombres. Ellos exploran los efectos positivos y negativos del sexo anónimo entre hombres a partir de tres dimensiones: salud física, mental y bienestar social. Sus categorías de análisis serán visibles a lo largo de este libro.

Mi intención con esta investigación, fue la de descubrir maneras de estudiar el *cruising* desde unos espacios particulares, sus condiciones de luz y oscuridad y la relación con las prácticas sexuales y no sexuales que allí se estructuraban. También, fue un intento por aportar al debate sobre la etnografía en investigaciones que invo-

lucran al sexo. Pero al formular la investigación dejé por fuera un detalle. Pequeñísimo. Yo no soy un etnógrafo blanco: no lo olvidé, pero no lo sabía.

Una última cosa. En el libro, notarás que uso los términos de *gay* y *marica* como categorías separados. En efecto lo son. Uso la segunda para eludir a un lugar de enunciación político, en un esfuerzo por alejarme de las lógicas heterosexuales que están insertas en el mundo gay.

Capítulo 1

Arquitectura, oscuridad y sexo

“Los relatos del cruising son relatos vinculados al secreto que los acompaña. Porque, al fin y al cabo, son narrativas que no se pueden narrar” (Langarita, 2015, p. 90)

“Ya estoy listo para contarte cuántas pollas me he comido...”

(Extraído de las entrevistas)

Sobre los *dark rooms*

El trabajo de campo del que se hablara a continuación tuvo lugar en tres *dark rooms* ubicados dentro de bares y discotecas. Esto supone que las interacciones que ocurren dentro del establecimiento no tienen lugar únicamente en el cuarto oscuro. Puede haber algunas interacciones sexuales que empiecen en otro lugar de la discoteca/bar y desenlacen en el *dark room*.

En muchos casos la pista de baile o la barra del bar, funcionan como un escenario donde las personas muestran sus cuerpos, atuendos y

demás atributos para atraer parejas. Si bien, la pista permite ver en quién se deposita el deseo, en el *dark room* la *pegação*¹ es posible en la oscuridad (Díaz-Benítez, 2007, p. 102).

Sin embargo, en la pista de baile o la barra también tienen lugar interacciones que no son eróticas pero que terminan alterando las formas en que las personas se relacionan con el *dark room*: qué se hace o se deja de hacer, el tiempo de permanencia y hasta decidir entrar solos o acompañados, como afirman algunos entrevistados:

Yo no voy al dark room, yo voy al Dark place.² Y ahí depende de la fiesta, si la fiesta va mal, digamos has sido la única persona que no has encontrado polvo, pues... desesperación total. No en un mal sentido, pero ¿sí me entiendes? Si no ligo en la luz, será en la oscuridad... (Extraído de las entrevistas).

Esa también es la cosa, están tus amigos en la discoteca. O sea, a ver yo me tomo un rapidito de 5 minutos, me como una pollita y vuelvo a bailar, ¿entiendes? Pero no me quedará ahí 20 minutos en la soledad oscura (Extraído de las entrevistas).

(...) pero como paseando, ¿no? Aquí en Europa es bastante normal que hay un bar y que hay un dark room al lado, probablemente 30, 40, 50 veces he entrado. Pasando, no diciendo "bueno voy exactamente a ese lugar porque sé que hay un dark room ahí (Extraído de las entrevistas).

Nótese además que estamos hablando de establecimientos comerciales, lo que implica el cobro de un *cover* o un consumo mínimo. Aquí

1. La autora explica en otro texto que este concepto es usado "para designar una práctica se-xual efímera, anónima y consentida entre hombres, realizada en espacios simbólicamente demarcados en las ciudades como clubes de sexo, cines, saunas, parques, playas, baños públicos de shopping centers, discotecas o estaciones de tren." (Díaz-Benítez, 2013, p. 16)

2. Este es el seudónimo de uno de los establecimientos que el entrevistado está describiendo y en el que yo hago trabajo de campo. Se cambian todos los nombres de los lugares para proteger su identidad comercial.

el primer filtro: acceso a recursos. Los establecimientos que cuentan con espacios para encuentros anónimos entre hombres, como los *dark rooms*, implican un filtro de clase. No cualquiera puede entrar si no cuenta con los recursos requeridos. En este sentido quizá el sexo es un poco menos anónimo:

(...) ese anonimato que se presupone en las zonas de *cruising* es un anonimato relativo, ya que, al fin y al cabo, en cada lugar existe un grupo de la población participante con algunas particularidades sociales que determinan la medida en la que se convierte en un espacio de legitimidad sexual para los sujetos que deciden participar en él (...) los usuarios se dirigen a las zonas de *cruising* para encontrar a otros hombres que les resulten conocidos, aunque desconozcan sus nombres. (Langarita, 2015, p. 179–180).

Gaixample

Llegué a Barcelona en el 2017. Por azares de la vida y de mi buena suerte terminé viviendo una calle arriba del barrio gay: *Gaixample*. Vivir aquí fue un choque para mí durante los primeros meses. Encontré un vicio: caminar a las 3 de la mañana por todas las calles de la zona. Al principio todos los días, luego día de por medio. Después, encontré también cierto placer en abandonar esos ademanes masculinizados con los que fui socializado. Tenía la necesidad de exagerar un poco mi feminidad, al caminar, al hablar, al mirar, al respirar, al vivir.

Lo primero era para reafirmarme constantemente que estaba en un lugar seguro, que podía tener mis audífonos a la hora que fuera y no tener miedo. Era una especie de adicción por tentar una inseguridad

que no estaba como siempre la he vivido en el contexto colombiano.³ Lo segundo para, después de sentirme seguro como peatón, sentirme seguro como marica. Es un sentimiento supremamente liberador y placentero que pasa por el descubrir esa sensación de seguridad constante como algo realmente posible.

Ahora bien, Gaixample es un rectángulo dentro de la Eixample que contiene bares, discotecas, restaurantes, ópticas, librerías, tiendas de ropa, barberías, todo lo que vos te podás imaginar con una bandera gay. Limita a la izquierda con *Comte d'Urgell*, arriba con Aragón, a la derecha con Balmes y abajo con la Gran Vía,⁴ aunque en la percepción de algunos entrevistados en esta investigación se extiende una o dos calle más. Se trata de un barrio bastante gentrificado que se vuelve un foco residencial para la población homosexual con ingresos medios-altos. Pero, además, la oferta comercial gay se instala aquí, no solo por los residentes, sino porque la zona se vuelve un referente importante en una de las ciudades más *gayfriendly* del mundo.⁵

Solo para ejercicio de la investigación, abro *Grindr* para usarlo como un Barómetro gay. Esta App me permite ver usuarios que están online con base en su geolocalización, es decir, mostrando desde quién está más cerca hasta quién está más lejos con un límite de perfiles a visualizar porque no tengo la versión paga. Me conecto en *Universitat*, me muestra 150 perfiles, entre mujeres trans, personas queer y hombres conectados. El perfil más lejos

3. Pese a que la tasa de delitos en Barcelona se ha incrementado, esta se encuentra en el puesto número 13 en el ranking de ciudades más seguras del mundo para el 2017. En el otro extremo, Cali fue calificada como una de las ciudades más violentas del mundo para el 2016. Para ampliar la información consultar el portal de *The Economist*.

4. Referencia tomada de la guía "LGBTI Barcelona the official gay map" diseñada por *Vísit Gay Barcelona*

5. Esta información se puede encontrar en diversas guías de viajes y alojamiento *spotahome*, *tripadvisor*, entre otras

está a 172 metros. Ponéle entonces que en un radio de 172 metros hay al menos 150 perfiles online en la App, buscando encontrarse con alguien para un trago, salir de fiesta, para un polvo y demás. Sí que es cierto que, por la arquitectura de Barcelona, que son mayoritariamente edificios residenciales, se ven más personas dado la *app* mide la distancia de manera horizontal. Pero, aunque estén en el piso 7 o el entresuelo o en la calle a mi lado, 150 en un radio de 172 metros, son muchas personas conectadas. Y esto sin pensar en quienes no usan la aplicación. *Gaixample is on fire*. (Notas de mi diario de campo, 18 de mayo de 2018).

Gaixample es entonces una concentración:

Es una concentración, la gente se concentra aquí. Es más, cuando vas a vivir... el gay que se viene a vivir a Barcelona intenta vivir en la Gaixample, porque es donde estamos todos, donde están los lugares, donde bajas y encuentras gente en un bar (...) (Extraído de las entrevistas).

Pero esta concentración se intensifica en la noche. Justo el mismo momento en el que abren los *dark rooms* en cuestión. Retomo entonces: los tres establecimientos a investigar son bares y discotecas que además tienen *dark rooms* dentro de su oferta comercial. El criterio de selección de estos lugares fue: que los tres estuvieran ubicados dentro de Gaixample; que las arquitecturas de los *dark rooms* fueran diferente entre sí; y así mismo la oscuridad.

El criterio de ubicación lo pensé en aras de aprovechar esa concentración de maricas en una zona específica de la ciudad; la diferencia en la arquitectura de los *dark rooms* fue fundamental para comparar las distintas estrategias que diseñan los hombres en función del espacio; y la diferencia en la oscuridad fue importante para considerar qué tipo de prácticas e interacciones se llevan a cabo según los niveles de visibilidad.

Los espacios

(...) dejar hablar a los objetos (espacios) sobre esas personas; que sean ellos mismos los que reflejen una forma de ser asumidos. Pero es también, ver cómo los espacios estructuran y determinan los comportamientos. Es interrogar a los espacios; pedirles que nos reconstruyan experiencias, situaciones. Es convertir o trabajar con el espacio como si fuera un documento visual donde está impresa toda una realidad e inscrita la vida de todas las personas que los visitan. Es “leerlos” para que hablen de la intimidad de los sujetos que los frecuentan” (Salazar citado en García, 2004, p. 32).

Los *dark rooms* escogidos para este estudio son el *Lowdark place*, el *Halfdark place* y el *Dark place*. Usaré estos seudónimos y omitiré algunos detalles en su arquitectura para proteger, no solo el nombre comercial de los lugares, sino también la identidad de los hombres que los frecuentan.

Cada uno de estos espacios permite unas acciones, unas maneras de interactuar y de aprovechar la estructura, unas formas de ocultar la propia identidad y revelar la de los otros, de atraer hombres y de deshacerse de ellos, de usar los códigos y romperlos. Cada espacio propone unas narrativas, unas maneras de vivir la noche y de protegerse, o no hacerlo. Cada espacio además propone unas maneras de follar.⁶

6. Follar no debe limitarse al sexo anal u oral. Follar es muchas cosas. En el capítulo siguiente se aborda esta cuestión mientras se discute sobre el propósito de la *Sociología de la sexualidad*.

Tabla 1
Caracterización de los dark rooms

Criterios Dark room	Nivel de oscuridad	Complejidad arquitectónica	Precio ⁷	Condiciones de salubridad	Acceso a condones y lubrificante	Control dentro del lugar ⁸	Advertencia sobre ETS
Lowdark Place	Bajo	Alta	Bajo	Buenas	Condones	Sí	No explícita. Invita a usar los condones que propor- ciona.
Halfdark Place	Medio	Media	Alto	Regulares	Ninguno	No	No
Dark Place	Alto	Baja	Medio ⁹	Nulas	Ninguno	No	No

7. Se fija esta escala basada en un precio pivote. Es decir, se escoge el precio más bajo de los tres para afirmar que los que le siguen son “alto” o “medio”.

8. Por *Control dentro lugar* se entiende la vigilancia y el aseo que hace el personal del establecimiento en el dark room a medida que pasa la noche.

9. El precio depende del día. Los fines de semana son los días con mayor afluencia. Además de esto, hay unos acuerdos con otros bares, por consumir se obtiene la entrada gratis en el *Dark Place*.

Los seudónimos de los *dark rooms* se basan en el nivel de oscuridad que presentan. Así el *Lowdark place*, tiene poca oscuridad, el *Halfdark place* tiene un nivel medio y el *Dark place* es casi totalmente oscuro.

Antes de continuar, vale la pena rescatar un hallazgo importante que se convirtió en un criterio involuntario de clasificación. En los tres *dark rooms* escogidos se encontró una relación inversamente proporcional entre el nivel de oscuridad y la complejidad arquitectónica. Es decir, a mayor oscuridad, menor complejidad arquitectónica y a menor oscuridad mayor complejidad arquitectónica. Este hallazgo nos funciona para entender cómo los establecimientos aprovechan la oscuridad para invertir menos en la producción del espacio. Pero, además, permite analizar los modos en que los hombres utilizan estratégicamente la oscuridad o el espacio o ambos, para llevar a cabo actos sexuales y no-sexuales.

Como ya se ha enunciado, el *cruising* se conforma por una serie de rituales de interacción complejos que traen consigo modos de comunicación dentro del espacio. Sin embargo, es difícil hacer una descripción única y completa del ritual de interacción que tiene lugar en las zonas de *cruising* y que explique a detalle cada una de los significados. A pesar de que existen reglas y símbolos que estructuran el ritual, cada negociación tiene sus particularidades (Langarita, 2015, p. 144).

Una última anotación. Si bien se ha advertido que el silencio es una regla general de las zonas de *cruising*, para los *dark rooms* la regla del silencio es flexible en cuanto a los gemidos y demás sonidos que no pretenden iniciar un diálogo con palabras.

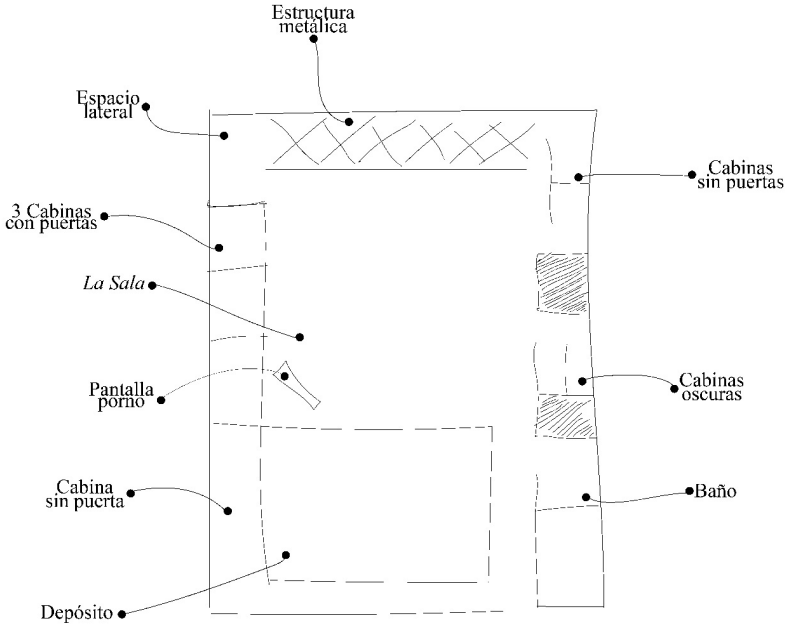
A continuación, se presenta un análisis derivado de una etnografía que, no solo tiene en cuenta la complejidad del ritual en el sexo anónimo, sino que pone su foco en las prácticas e interacciones que llevan a cabo los usuarios a partir de la oscuridad y el espacio. Como

se mencionó antes, esto desemboca en el desarrollo de estrategias para conseguir sexo y otras cosas más.

Lowdark place

–Estoy flipando con esta mierda de tele”, replica el tipo de al lado. Y pensé que yo era el único, el porno que ponen en el bar es pésimo. Vamos desde un tipo que tiene una máscara de chimpancé mientras le mete un banano por el culo a otro y luego se lo come estando dentro, hasta el tipo que está disfrazado de vaca mientras “lo ordeñan”. Llevo 30 minutos sentado en la barra con la misma cerveza desde que llegué mientras intento pasar desapercibido. Al lado: “–A mí me encanta el sexo, eso sí entre machos, nada de plumas ni muñequitas”, es la frase con la que un tipo pretende romper el hielo y ligar. Pero no rompió el hielo, solo rompió cualquier posibilidad de “sexo entre machos” que pudiera tener esa noche con el tipo que está en frente de él” (Notas de mi diario de campo: 6 de abril, 2018).



Figura 1.*Mapa del Lowdark Place***Fuente:** *elaboración propia.*

Este fue el primer establecimiento con un *dark room* al que fui solo. Por lo general iba acompañado de algún amigo o ligue para reducir al mínimo los posibles acercamientos y, así, según yo cuando inicié la investigación, poder concentrarme en observar las estrategias de los usuarios. Este establecimiento es una especie de bar, con varias pantallas que proyectan un porno bastante raro. Tiene *bartenders* sin camisa y musculosos, algunas sillas y guías *gais* de la ciudad.

El público de este establecimiento oscila entre los 35 y 60 años y son exclusivamente hombres. Los comensales se organizan cerca de

la barra si vienen en grupo y están hablando, o alejados de ella si están solos. Es necesario atravesar todo el bar para llegar hasta el *dark room*, por lo que el campo minado de miradas es inevitable.

Antes de ir al baño, me percaté de que este lugar tiene una cubeta llena de condones que los usuarios pueden tomar para usar en el *dark room*. En la entrada del *dark room*, al lado de una pantalla con porno hay 4 letreros: el primero advierte sobre posibles carteristas dentro y propone a quienes entren cuidar sus pertenencias; el segundo insiste en el mismo tema y sugiere el uso del guardarropa para evitar ser robado; el otro recomienda el sexo seguro y les recuerda a los usuarios que pueden tomar condones en la barra; y el último prohíbe fumar dentro del cuarto.

La arquitectura es bastante compleja y, de los tres, la más elaborada. Desde la entrada, podés tomar a la izquierda para ir a una cabina o ir al frente para atravesar un pasillo que da acceso a todo el lugar. Si vas a la izquierda, a la cabina, te encontrás con un cuarto bastante pequeño que tiene un orificio desde el que se puede ver lo que pasa en la otra cabina. Desde ahí no hay hacia dónde más avanzar. Así que, de vuelta en la entrada, solo queda ir al frente.

En la mitad del pasillo, a la derecha, hay un baño con dos uriniales y un lavabo, totalmente iluminado de rojo, custodiado en la entrada por una cortina de corte industrial, una cortina de machos. Después de atravesar todo el pasillo se puede ver *la sala*, como me gusta llamarla. Este es un espacio abierto donde todos los hombres están esperando a que algo ocurra. Es el lugar donde el ritual del *cruising* previo al sexo tiene lugar. Nadie habla sino es desde el lenguaje corporal.

Esta sección está iluminada por otra pantalla porno que permite distinguir con bastante claridad los cuerpos y las caras de quienes están dentro. La ausencia de oscuridad total facilita unos códigos más visuales.

La oscuridad sin duda juega un papel fundamental, no solo para “ambientar”, sino para determinar las formas en las que los hombres se comunican dentro del *dark room*. Los *dark rooms* más *darks* no permiten las señas desde cierta distancia y el lenguaje corporal tiene lugar en el cuerpo del otro. Es decir, que gran parte de las cosas que se comunican son evidentes por lo movimientos que hago en el otro y que el otro hace cuando está cerca.

Aunque la regla del silencio tiende a romperse más en los *dark rooms* más oscuros, ocurre en excepcionalísimas veces. Y cuando por un instante muy breve se rompe, no es fácil identificar quién lo hizo. La oscuridad funciona entonces como una estructura (Díaz-Benítez, 2007, p. 103), pues modela, propone y dispone ciertas formas de comunicación, interacción y prácticas dentro del espacio.

En el *Lowdark place* la oscuridad sí está, pero no es un lugar tan oscuro, por lo que los códigos que configuran el ritual de búsqueda de compañeros sexuales se presentan como sutiles señas. La mirada es quizá la seña más especializada:

Se trata de una mirada descarada que no se retira cuando el sujeto es descubierto, sino que se mantiene y se intensifica para buscar complicidad (...) La mirada en las zonas de *cruising* no es un acto de observación, se trata de un acto de comunicación que sirve para reconocer el interés de los otros participantes. (Langarita, 2015, p. 136).

Después de recorrer el lugar siempre terminaba ubicándome en el mismo punto, donde se encuentran el pasillo y *la sala*. Aquí nos ubicamos un pelotón en fila contra la pared. La oscuridad nos logra cubrir bastante. Quienes van entrando por el pasillo nos tocan la verga y nos miran a los ojos como buscando el tamaño y la cara perfecta. Para mostrar intereses paran frente a alguien, si la mirada se mantiene por unos segundos es una aprobación para empezar el contacto sexual. En cambio, si la mirada dura menos de un segundo, es un rechazo sin reversa.

Luego, al fondo de *la sala*, en la parte central, hay una estructura de varillas metálicas. Pensá en un bosque, en el que en vez de árboles hay columnas delgadas de acero. Aquí los hombres caminan y se recuestan sobre ellas con la intención de exhibirse para los demás. El bosque de varillas funciona como un catalizador que reúne, atrae y tensiona a los hombres para estimular el ritual de *cruising*. En el bosque se mira, se toca, se corre y se recorre, pero también se rechaza.

Pese a que se pueda sentir como un ambiente muy hostil con modos complejos de comunicación e interacción, entre los hombres que allí están hay cierta sensación de cordialidad. Después de una señal de rechazo son muy poco los que insisten y, si lo hacen después del primero, ante el segundo rechazo desisten totalmente. Basta con una mirada, una ligera caricia, un pequeño empujón o una señal con la cabeza para mostrar deseo, rechazo o para expresar la intención de moverse de *la sala* y buscar otro lugar para follar.

Y es que en *la sala* ocurre toda la cuestión ritualista para atraer compañeros sexuales, pero los actos en sí pocas veces tienen lugar allí. Tras encontrar con quién o quienes se quiere follar, el espacio permite moverse para tener sexo con más intimidad.

Volvé a la arquitectura. Volvé al lugar donde se encuentran el pasillo y *la sala*, al fondo está el bosque de varillas. En el lado izquierdo de *la sala* hay tres cabinas con puertas y pasador. En la esquina del fondo a la izquierda queda un espacio del tamaño de una cabina. En la siguiente esquina, al fondo a la derecha, hay dos cabinas más, pero sin puerta. Y justo en la entrada de *la sala*, a la derecha, hay una cabina más grande totalmente oscura: el *agujero negro*. Este tiene un panel en la mitad para delimitar dos compartimentos.

En las cabinas con puertas se pueden llevar a cabo todo tipo de prácticas sexuales: sexo oral, sexo anal, *fisting*, entre otras. En estas

cabinas pueden entrar hasta cuatro personas, aunque no he visto entrar simultáneamente a más de tres.

Tener una cabina ya implica una ganancia, porque ya se tiene un lugar donde follar. Por lo que muchos hombres optan por usar las cabinas como un elemento estratégico al buscar compañeros sexuales. Está por ejemplo el caso del *médico*:

Desde que llegué una de las cabinas ha estado ocupada todo el tiempo. Al fin se abre. Salen dos hombres, pero uno de ellos se detiene, se limpia un poco la boca y vuelve a entrar a la cabina. Luego su mano se asoma por la puerta y hala a otro hombre que está justo al lado, cierran y no vuelven a abrir hasta que toque la próxima consulta (Notas de mi diario de campo: 6 de abril de 2018).

Antes de seguir, es necesario explicar por qué el médico. Durante el trabajo de campo yo veía y era parte de prácticas e interacciones muy rápidas, en un lugar donde el mayor recurso para la comunicación es el cuerpo, el tacto, mientras los ojos funcionan solo en momentos específicos en que la oscuridad se ausenta. El uso de los ojos era útil en este *dark room*, por ejemplo. El punto es que uno de los trucos metodológicos que usaba, era pensar en una etiqueta absurda para el lugar, pero que se relacionara con las prácticas e interacciones que llevaban a cabo algunos hombres.

Apelativos como: *chico honda*,¹⁰ por el escándalo que hizo un tipo que tenía una camiseta de la marca Honda; el *sad man*, para un señor cuya cara era iluminada por la pantalla porno y reflejaba tristeza; el médico por razones ya explicadas, fueron pensados y luego escritos en las notas de campo para no dejar de recordar el momento y para no abandonar el campo.

10. Las situaciones con ellos no se citan aquí literalmente porque son introducidos de otras maneras en la narrativa.

Volvamos. Otra estrategia entre los hombres, quizá la más común, consistía en seleccionar una cabina vacía y pararse en frente de ella para asegurarse de que todos los hombres en *la sala* distingamos con claridad a su nuevo dueño. Luego de unos minutos, el apoderado entra a la cabina dejando la puerta medio abierta. Indiscutiblemente esta estrategia no les funciona a todos, depende también del tipo de atributos que el sujeto posea, pero al menos ya tiene un lugar. Sin embargo, para quién lleva acabo esta estrategia, resulta siendo una sorpresa quién entra a su cabina por lo que puede que quien se le quiera unir sea rechazado y tenga que salir.

Esta estrategia, además, plantea una pequeña competencia, pues puede que mientras que el apoderado esté afuera de la cabina exhibiéndose, una pareja o trío se escabulla por un lado y cierre la puerta rápidamente, ocupando la cabina que el hombre pretendía usar luego. Por lo que apartar una cabina sí es una buena estrategia, pero no es necesariamente la más efectiva.

Cada cabina se comunica con las de los lados por un orificio, permitiendo a los *voyeurs* mirar, y a los usuarios tener sexo sin necesariamente estar en la misma cabina. De esta manera, bien se puede meter la verga por un orificio de la cabina y esperar quien esté en la otra se la meta por donde quiera. Cada una cuenta con un dispensador de papel higiénico para facilitar cuestiones logísticas, sobre todo al terminar.

En mi cuarta visita exploré la cabina que mencioné antes, *el agujero negro*. Esta cabina es un poco más profunda que las otras y siempre hay alguien al fondo a quién no se le puede distinguir. En general no es muy utilizada, algunos hombres se ubican dentro, pero no se escucha mucho y tampoco se nota mucha actividad. Es probable que se use por algunos hombres para aprovechar la total oscuridad y evitar ser identificados, ya sea para ocultar sus atributos personales y/o su identidad.

Las demás cabinas que no cuentan con puerta y están ubicadas al fondo en los laterales, suelen ser usadas por parejas, porque especialmente en este *dark room* entran muchas parejas. Pero no me refiero a parejas de ligue en el bar, sino a parejas constituidas desde antes. Lo relevante aquí es que estas parejas que follan en las cabinas sin puertas tienden a convertirse en focos, no solo para *voyeurs* sino para *nódulos sexuales*.

Los *nódulos sexuales* son interacciones sexuales donde se involucran más de cinco hombres y que terminan por volverse nudos importantes. Estos cúmulos de hombres tensionan el espacio de tal manera que la atención se vuelve solo hacia ellos. Pueden llegar a reunir tal cantidad de participantes que en ocasiones el nódulo se desaborda hasta *la sala*.

La mayoría de las parejas que aquí ingresan están en busca de un tercero o varios más para su experiencia sexual. Pero en muchas ocasiones, las reglas del silencio en los *dark rooms* terminan rompiéndose por alguna discusión entre la pareja. Estas rupturas no generan un malestar evidente entre los comensales, siempre y cuando no se les involucre, pero es claro que altera las lógicas del espacio. Las discusiones que se generan pueden darse porque no están de acuerdo en agregar a un tercero en específico o porque uno de ellos se quiere ir y el otro no. Problemas de pareja.

Cuando hay ausencia de sexo, de movimiento y de orgasmos en *la sala*, se siente una tensión por un sexo a punto de bullir, latente pero que no ocurre. Esto pasa cuando hay muchos hombres dentro del *dark room*, no hay ninguna actividad sexual ocurriendo y el ritual del *cruising* está ralentizado. En dichos momentos se siente como si hasta la música que entra del bar perturbara, como que va a destiempo con la atmosfera del lugar y con el vídeo porno que está iluminando las caras de los hombres que esperan sexo. Las miradas se vuelven especialmente intensas como para sentirse deseado con el solo respirar. Las cabinas están abiertas y sin usar. Los hombres

están contra la pared y las varillas metálicas. Y el deseo de follar, el deseo de meterse un pene a la boca o al culo, el deseo de meter un dedo o la lengua por algún orificio, el deseo de sentir la respiración acelerada del otro, de apretarlo y sentir sus espasmos, ese deseo también sigue ahí.

La tensión se rompe con la llegada de nuevos usuarios, pues el ritual se estimula con miradas nuevas y con la posibilidad de encontrar nuevos compañeros sexuales. La tensión también suele disiparse cuando se generan *nódulos sexuales*, pues cualquiera puede tomar parte como participante directo o como *voyeur*. Sin embargo, tal concentración de hombres puede propiciar actividades que no precisamente se ajustan a las lógicas del espacio, aunque se advierta que puedan pasar.

El *nódulo sexual* se genera de forma bastante espontánea, primero dos se están besando, se une uno, luego otro, luego otro solo toca, y al que tocan lo empieza a besar otro y de un momento a otro ya otros están involucrados, muchos otros. Otros, otros, otros: el juego de los otros. Sale un tipo cogido de la mano con otro y van para una cabina, no les va tanto lo compartido al parecer. Cierran la cabina y en menos de un minuto uno de ellos sale, desesperado se toca los bolsillos, se entremezcla de nuevo en el nódulo para buscar algo. Sale. Está súper agobiado. Entra otra vez en el juego de los otros. Sale. Entra a la cabina. Empieza a mirar por el suelo y nada. Lo han robado (Notas de mi diario de campo: 20 de abril de 2018).

Este tipo de prácticas no-sexuales no suelen advertirse con facilidad mientras ocurren y con los pantalones abajo, resulta fácil llevarlas a cabo. Al menos tres veces noté que habían robado a algún hombre durante mi trabajo de campo.

Grimes (1996) llama a esto el *non-play*, una acción que no está contemplado dentro de los propósitos del ritual. Se espera que los hombres que están en los *dark rooms* tengan intenciones sexuales con otros hombres sin aprovecharse de las circunstancias para

llevar a cabo otro tipo de prácticas. Los *non-play*, suelen cambiar las relaciones con el espacio, haciendo que algunos hombres dejen todas sus pertenencias fuera del *dark rooms* e incluso que estén prevenidos de vez en cuando (Díaz-Benítez, 2007, p. 108).

Por la complejidad de su arquitectura, este es sin duda el *dark room* más organizado de los tres. Además de tener diferentes espacios e implementos que facilitan las interacciones sexuales, los controles son bastante marcados. Cada treinta o cuarenta minutos entra el moderador con una escoba y un recogedor, levantando botellas, barriendo condones y papel higiénico. Minutos antes de que el *dark room* cierre, él mismo lo empieza a advertir –*Vamos guardando las pollas– ¡Bonitas, chupando con más fuerza!* También existe ahí vigilancia para asegurar que quienes hagan uso del *dark room* consuman antes en el bar. Hubo un par de casos en el que uno de los *bartender* entraba diciéndole a algún cliente que debía consumir para estar allí. Una vez de hecho yo fui uno de esos clientes. Después de eso el ambiente queda perturbado, aunque los hombres no tardan mucho en reincorporarse en el ritual.

Al terminar el horario, la salida es bastante ordenada. Una vez encendidas las luces del *dark room*, a eso de las 2:30 a.m., los usuarios se organizan casi en fila por el pasillo. Algunos se van inmediatamente del local, otros vuelven con algún amigo que esté sentado en la barra, mientras otros se ubican en las sillas que están lejos de la barra, quizá para ver dónde y con quién seguir o terminar la noche.

Halfdark place

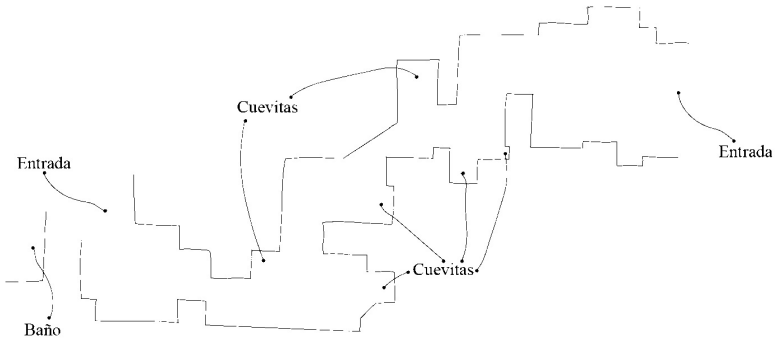
“A mi derecha: –¡Si nuestros hijos preguntan, diremos que nos conocimos en un *dark room*! Es Jacques, me mira con una sonrisa tan ebria que nos sé si va a llorar... empezamos a hablar un poco y el trío que está frente a nosotros se disuelve, pero los chicos no salen del *dark room*, se empiezan a liar con otros chicos, esto no se acaba hasta que se acaba. Jacques me empieza a mirar con ojos

de deseo y muy excitado, yo no entiendo nada, miramos los dos para el suelo y una mano de no sé dónde le está manoseando la verga, Jacques lo aparta al notar que esa mano no es mía (...)" (Notas de mi diario de campo: 12 de mayo del 2018).



Figura 2.

Mapa del Halfdark Place



Fuente: elaboración propia.

Este es sin duda el establecimiento más sofisticado de los tres. Esto porque además del alto precio en el *cover*, cuenta con dos pistas de baile, juegos de mesa, dos barras para tragos, pantallas con porno hasta en cada urinal del baño, gogó *dancers* y, claro, el *dark room*.

Las edades aquí sí varían bastante, entre 20 y 60 años, la música es un *tribal house* que no es mucho de mi agrado, aunque depende del día la música varía, de una electrónica acelerada, a una aún más acelerada. La mayoría de los asistentes son hombres, aunque hay algunas mujeres. Las pistas de baile son bastante grandes, los modelos musculosos se ubican en un par de podios al lado del DJ, mientras invitan a algunos chicos y chicas a bailar.

En el baño:

Me sentí muy *Black Mirror*. Llego al urinal, levanto la cabeza y delante de mí hay un video porno. Resultó que en cada urinal había una pantalla con porno, como quien nos quiere obligar a estar *horny* todo el tiempo, con lo difícil que es orinar así. En el

baño en general había dos pantallas más con porno y en el centro una especie de mesita donde algunos chicos entran para hablar y poner sus bebidas... el baño estaba justo al lado del *dark room* (Notas de mi diario de campo: 12 de mayo de 2018).

El *dark room* y el baño casi que están conectados. A la entrada¹¹ de estos hay tres letreros que muestran: *estar pendiente de las pertenencias*; *no fumar*; y el signo de una persona con falda que tiene un “NO” al lado, sugiere que las mujeres no pueden entrar al *dark room*. Sin embargo, no hay nadie vigilando las recomendaciones anteriores.

Ahora lo que me interesa. Entro y de momento es más una sala de fumadores. Pero este *dark room* es bastante diferente: es una especie de pasillo que comunica dos extremos de la discoteca, se siente como un lugar de paso, es bastante angosto. En el pasillo hay muchos hundimientos que dan la impresión de ser cuevitas, pero no son muy profundos. La luz es bastante tenue, aunque con esfuerzo se puede distinguir al otro. Ponéle que hay una pareja en una de esas cuevitas y, justo encima de ellos, una luz les ilumina cual museo. Salgo por el otro extremo y llego a otra barra donde está la mesa de billar, mientras miro la barra noto que ya he perdido el miedo, el pudor, ya he perdido el tabú. En realidad, hace rato que lo había perdido, pero es la primera vez que hacia reflexión sobre esto (Notas de mi diario de campo: 12 de mayo de 2018).

El *Halfdark place* tiene una lógica de centro-periferia. En los dos extremos de las entradas, las personas se concentran solo para hablar y fumar, esta zona es más iluminada porque la oscuridad se espanta por la luz de la discoteca. A medida que te vas adentrando, en el centro, se siente un olor a *popper*, cigarrillo, mierda y semen, pero el olfato se acostumbra al olor como la vista se empieza a ajustar a la oscuridad. Mientras avanza la noche, el calor se vuelve insoportable y el *dark room* intransitable.

11. Como se advierte, el *dark room* y el baño están casi conectados. Para entender mejor la descripción revisar el *sketch*.

Me empieza a agobiar la ligera claustrofobia que hace unos años me auto-diagnostiqué. Ahora no puedo ni volver por donde entré ni llegar a la otra salida, me empiezan a tocar más y más, no veo dónde hay paso, de repente hay *nódulos sexuales* adelante y atrás mío, no tengo salida, ya no me molesta el olor, pero hay muchos murmullos, muchos gritos y mucha claustrofobia. Respiro. Cierro los ojos y me apoyo contra la pared. Un nódulo se empieza a reacomodar, aprovecho y me escabullo un poco, salgo, pero me agarran con fuerza del brazo (...)” (Notas de mi diario de campo: 12 de mayo de 2018).

Las prácticas más comunes en este *dark room* son el sexo anal y el sexo oral. Se suele llevar a cabo por tríos y parejas en esos pequeños hundimientos que hacen de cuevititas y donde la oscuridad está un poco menos presente. Algunos hombres se acercan bastante seguros para intentar unirse, por la boca o por el culo, mientras otros, no tan convencidos, quizá por su experiencia en los rechazos, terminan por hacer de *voyeurs*.

Los *nódulos sexuales* se dan principalmente en la mitad del pasillo, por lo que es muy común quedar en medio de ellos y no saber qué mano te toca, qué boca te chupa o qué verga te roza. Sin embargo, ese no saber no ocurre por la oscuridad, sino por la proporción del lugar, es tan estrecho que incluso si hubiera solo cinco personas no se sabría quién hace qué.

La regla del silencio aquí no es tan estricta para las conversaciones que se están teniendo en los dos accesos del *dark room* –aunque no se entienden mucho porque los gemidos no suelen ser nada sutiles– como sí lo es para iniciar un contacto sexual. La estrategia para iniciar una interacción pasa en la mayoría de los casos por un contacto directo con el cuerpo, las miradas son importantes, pero difíciles de distinguir. Pese la preponderancia del contacto físico, para rechazar a alguien resulta más efectivo el lenguaje verbal con un: “No, gracias”.

En algunas ocasiones se entablan diálogos en la parte del centro, pero suelen suceder entre personas que se conocen en otro lugar del establecimiento fuera del *dark room* y que terminan llevando su conversación a la periferia. Como dije, para iniciar cualquier contacto sexual no suele usarse el diálogo, pues constituye una falta a la regla del *cruising*:

El tipo que está a mi izquierda, de unos 60 años, habla al aire para ver quién le para bolas y así iniciar conversa: –¡Qué calor que hace aquí!– La gente no tiene cuidado al pasar, –Oigan chicos descansen un poco, – ¿Será que ya casi cierran? De repente se mueve y hace como que se tropieza conmigo –¡Perdón!, dice mientras me toca el pecho, –Tranqui, murmuro, comienza a acariciarme el pezón y antes de que le diga algo, replica– ¿Quieres cerveza fresca?, porque hace mucho calor aquí. Yo re-no gracias estoy viendo este maravilloso trío, solo muevo mi cabeza de lado a lado (Nota de mi diario de campo: 12 de mayo de 2018).

Romper la regla de la no-comunicación-verbal se da por parte de los hombres que no tiene el capital viril¹² y/o sexual esperado. Ellos suelen tener interacciones sexuales directas muy escasas. Y a menudo es la oscuridad el elemento estratégico para lograrlas. A estos hombres se les suele relegar al papel de *voyeurs*:

La norma del silencio es una norma útil para aquellos que esperan obtener resultados en la interacción. Sin embargo, (...) no todos los participantes reúnen los atributos suficientes para obtener beneficios reales de la interacción. Hay personas que, a pesar de que respeten el ritual y sigan las normas de interacción, no obtienen un resultado eficaz y no encuentran pareja sexual en su jornada de *cruising*. Aquellos que están «fuera del mercado», porque son viejos o feos, o que consideran que cualquier interacción fracasará,

12. Se refiere a los atributos que refuerzan los valores tradicionalmente masculinos: la fuerza, los músculos, la vigorosidad y demás disposiciones del cuerpo que, en general, se lean como opuestas, si es que así se puede denominar, a lo femenino (Gutmann, 1998).

pueden saltarse la norma del silencio, o al menos no les importa saltársela, porque respetarla no cambia el resultado de la jornada de *cruising* (Langarita, 2015, p. 158–159).

En general los *voyeurs* no incomodan a nadie. En el *dark room* hay una sensación de “todos estamos aquí por lo mismo”.

Otro tipo de rupturas en el flujo sexual se dan cuando ocurre lo que Grimes en Díaz-Benítez (2007) denomina, *misapplication*. Para este caso, ocurre cuando las mujeres¹³ entran a un espacio gay de hombres y son percibidas como “inadecuadas” en el marco del *cruising* (2007, p. 109):

–¡I WANNA SUCK A DICK!” grita una chica bastante borracha que acaba de entrar al centro del *dark room*, Jacques se le acerca y empieza a hablar con ella, entre borrachos se entienden, le sugiere hacer una voz más grave para lograr su cometido. La mujer sigue adelante mientras trata de convencer a algunos chicos con su nueva voz, “– ¡¡I JUST WANNA SUCK A DICK!!;IS IT THAT HARD!?”; infortunadamente, fracasa y sale (Notas de mi diario de campo: 12 de mayo de 2018).

Ya he mencionado un par de veces a Jaques, vale la pena que lo conozcan. Le conocí en la pista de baile mientras yo estaba mirando a otro chico. Me preguntó si estaba solo, me invitó a un trago y luego de contarle mis intenciones allí, me escabullí. Una vez en el *dark room*, esperando a que encendieran las luces, me di cuenta de que Jaques me estuvo siguiendo para comprobar que en realidad estaba haciendo una tesis. Tiempo después me dio una entrevista.

13. No fueron muchas las ocasiones en que mujeres irrumpían en el *dark room*, pero cuando lo hacían, abiertamente estaban buscando a un hombre, por lo general era recibida como una intrusa. Esto confirma que los *dark rooms* son espacios de homosocialización para hombres. También valdría la pena investigar las formas en que interactúa un hombre trans o una persona no-binaria.

A eso de las 5:30 a.m. se encienden las luces en el pasillo de cuevitas. Hay condones, papel higiénico y muchas botellas de cerveza. Muchos salen, pero otros se resisten y la ausencia de oscuridad no se vuelve un impedimento para seguir follando. De hecho, tienden a entrar algunas pocas personas.

Dark place

Ehm... entré, me quedé... sí que recuerdo el shock inicial de pensar... "wow, cuántas pollas y no ves ni una". De pensar... de que sentí la multitud, y era, ¿sabes? ¡VER! Multitud y esto me impresionó en el sentido de pensar, WOW... ¿sabes? cuándo dices... algo que alguna vez has pensado y de repente lo vives y dices: "es exactamente como lo hubiera imaginado o peor", pues esta sensación. Y cuando ya pues empecé, pues a tocar rabos, y acercármelos a la boca, pues eso, pues que me puse de rodillas... y me acuerdo que primero me empecé a comer una polla y vino otra y yo digo: "bueno pues a mí me caben dos", y me puse dos y después cuando estaba dije: "a ver si me cabe una tercera" ... y me acuerdo perfectamente de estar, o sea, con las manos, mientras hacía la felación, o sea buscando una tercera que se uniera a la fiesta y lo hice (...) (Extraído de las entrevistas).

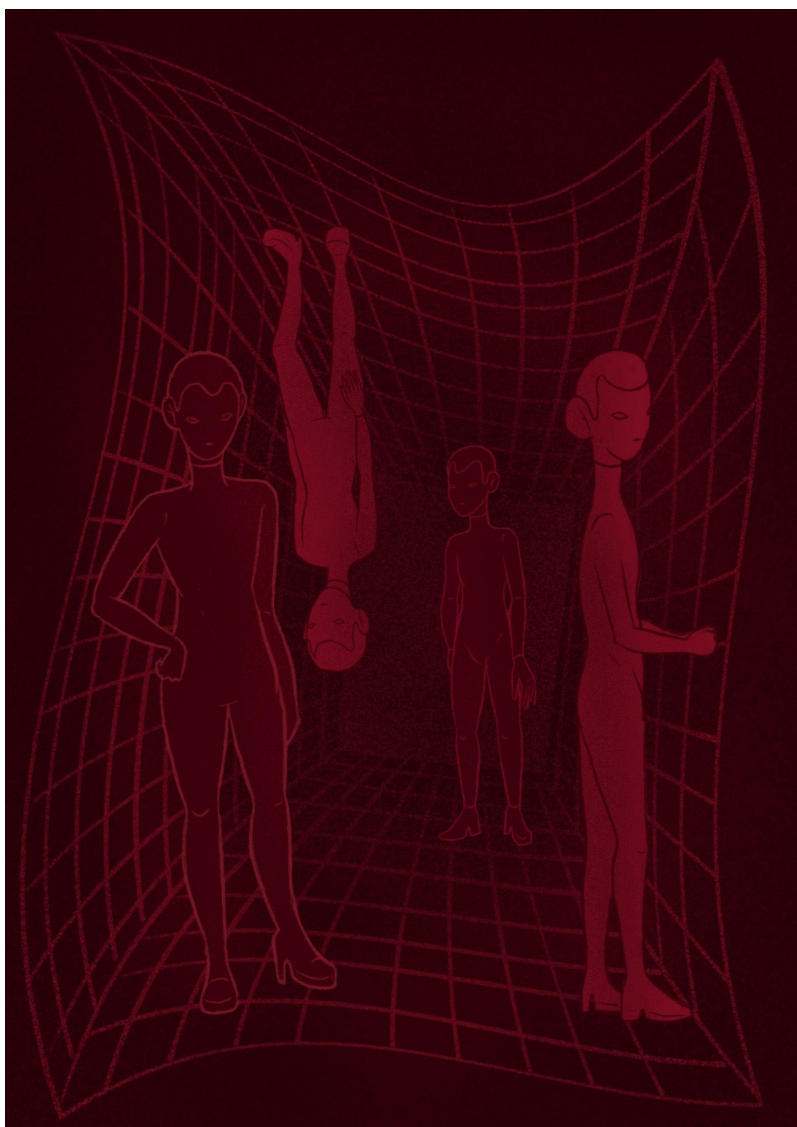
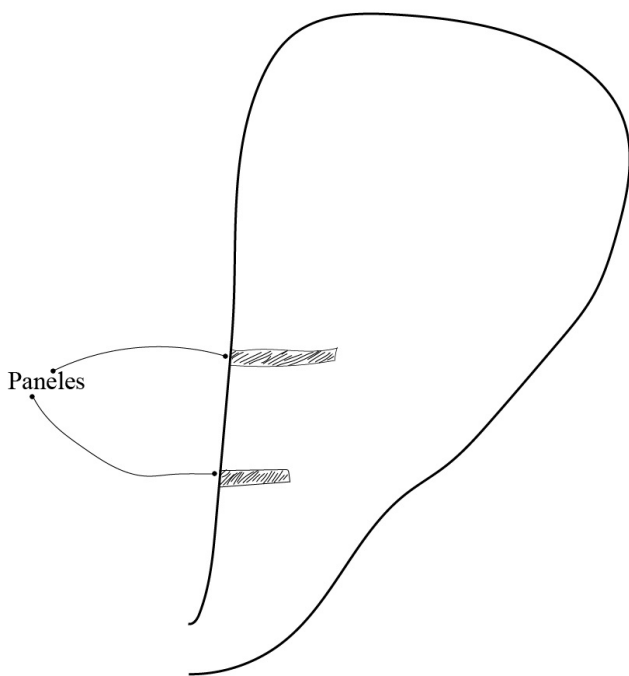


Figura 3.*Mapa del Dark Place***Fuente:** *elaboración propia.*

De este lugar he escuchado un montón de acepciones: que es el lugar para conseguir *sugar daddies*,¹⁴ que es el lugar por excelencia, que es el lugar por descarte, que es muy decadente, que es una parada obligatoria, en fin. El *Dark place* fue el lugar donde empecé a hacer campo. La nota de diario de campo con la que inicio este capítulo ocurre aquí.

14. Término usado para referenciar a un hombre que tiene mucho dinero y, a menudo, es mayor.

La discoteca es bastante animada y típica. El pop del momento, cervezas y cocteles por todas partes. Le vendría bien un poco más de pintura en las paredes. Vienen hombres y mujeres de todas las edades. Pero vamos con lo que nos interesa.

Este *dark room*, a diferencia de los otros, no tiene nada de iluminación, con mucha dificultad se puede distinguir la silueta del otro gracias a un toque de luz que se filtra por los paneles mal pegados que hacen de paredes. Este *dark room*, es un pasillo que se va volviendo más ancho a medida que te vas adentrando, tiene dos paneles que van de un extremo del pasillo hasta la mitad del mismo, formando así tres compartimentos, para dar la idea de cierto orden. (...) Este *dark room* tiene en el fondo del pasillo un dibujo, no sé si es un monstruo, un demonio o es solo que la pintura de la pared está desgastada y mi mente trata de encontrarle una forma. Desde el fondo miramos a la entrada y se aproxima tímidamente una silueta, salimos de inmediato y la silueta también, aunque disimula un poco para no quedar en evidencia tras nuestro sutil rechazo (Notas de mi diario de campo: 23 de marzo de 2018).

Pese a tener una arquitectura básica, la estructura que se genera es bastante compleja. Me refiero a que este es el *dark room* más oscuro de los tres, la poca luz que entra además de los paneles mal pegados, es producida por los usuarios con encendedores, linternas de celulares y cigarrillos. "(...) *había gente que encendía o el móvil o un mechero y me daba más miedo esto que la oscuridad en sí, porque pensaba "como alguien me encienda un mechero justo al lado del puto pelo, ya verá" ¿sabes? Esto me daba mal rollo...*" (Extraído de las entrevistas).

La oscuridad que estructura este espacio en particular, permite que la imaginación tenga más cabida. Los ojos se empiezan a acostumbrar, pero no se puede distinguir más que una silueta que esté muy cerca. Generar pequeños momentos de luz pasa por el querer ver quién está cerca, con quién se va a interactuar o con quienes se está ya

interactuando. Esto deja en evidencia cómo los hombres en el *dark room* no solo se acoplan a lo que permite, moldea y prescribe la oscuridad, sino que además buscan subvertirla. El uso de mecheros y celulares para aislar la oscuridad se sobrepone al proceso de imaginación al revelar los cuerpos imbricados. Entre más al fondo estás del *Dark place*, más *dark* se vuelve.

Afuera del *dark room* hay una pantalla cuya programación depende del transcurrir de la noche, empieza con vídeos eróticos, luego un porno muy tradicional de pareja y más tarde ya se puede ver BDSM, orgías, bukkakes, entre otros. En la entrada, en el primer compartimento están las y los curiosos. Hay hombres y mujeres riendo, fumando y esperando a que algo morboso o gracioso ocurra, por lo general aquí no pasa mucho, solo es gente haciendo de *turistas*. De hecho, en esta primera sección, la ausencia de oscuridad, por la proximidad con la discoteca, ayuda un poco a distinguir a algunos rostros, quizá por esto no ocurre mucho: la falta de oscuridad restringe comportamientos y mantiene al margen a quienes no entran con la intención de tener sexo.

Sin embargo, la falta de oscuridad que hay en la frontera entre la discoteca y el *dark room*, es usado por los hombres que sí tienen intenciones sexuales como estrategia para repeler la oscuridad. Deciden pararse fuera de la puerta del *dark room*, donde la luz de la discoteca aún permite ver con claridad a los nuevos usuarios. Una vez ven a alguien que les gusta entrando, van tras él.

En el compartimento del medio, si es que se le puede llamar así, empieza a haber más actividad sexual. Hay menos cigarrillos y cuando los ojos se acostumbran a la oscuridad se pueden distinguir ligeramente figuras de cuerpos y se sienten los zapatos que vas pisando conforme te vas adentrando. Este es un lugar bastante pequeño, lo que lo vuelve incómodo de transitar, a menos de que ya se haya apartado un rincón. Quienes hacen de *turistas* y se arriesgan un poco, llegan hasta aquí para tratar de ver más acción, aunque no duran mucho.

Entonces además de pequeño, este compartimento está lleno de gente que busca un rincón para tener sexo y también de gente que se cree en un museo. El problema aquí es que no se puede distinguir a los hombres que entran con intenciones sexuales de quienes van solo por *turistear*, por lo que la búsqueda de compañeros sexuales termina entorpecándose.

Al fondo, en la tercera sección, ya es otro cuento. Aquí los hombres están recostados contra la pared apartando un lugar para el sexo. Entrar supone enfrentarse a un pulpo cuyos tentáculos fijan su atención entre el pecho y la entrepierna. El ritmo de la música se entremezcla con las bocas que chupan vergas, básicamente porque el sexo oral y la masturbación son las prácticas más comunes dadas las condiciones del espacio. Y ya que el lugar no facilita la logística o los implementos que requieren otra práctica como el sexo anal u otros. Sin embargo, sí hay quienes lo llevan a cabo, y cuando esto pasa toda la atención va para allá. Se tiende a enfocar las linternas solo en esa pareja, se acercan algunos para tratar de unirse y otros en plan *voyeur*.

Por la oscuridad de este *dark room* el lenguaje corporal que implica no tocar al otro se vuelve muy complicado. El querer llamar la atención de alguien sin necesariamente tocarle es imposible, pues difícilmente el otro puede distinguir las señas. Lo mismo ocurre cuando se quiere apartar a alguien, en estos casos el código del silencio se rompe. Cuando se da un rechazo, la mayoría de los usuarios son bastante receptivos y abandonan cualquier intento de ligar al primer "No, gracias", pero también están los que insisten y para quienes el lenguaje verbal no suele ser muy efectivo, con un ligero empujón para apártales basta.

La oscuridad y el silencio también suelen generar problemas en las negociaciones con los compañeros sexuales. Cuando se quiere cambiar de posición o simplemente terminar el acto, no siempre hay formas claras de comunicarlo:

Ron hace el amague de subirse el pantalón, pero el chico sigue ahí

–Ya está bueno

–Espera...

–Ya, fuchi, venga, adeuuuu

El chico se resiste y lo besa mientras se cuelga de su cuello, pero luego le vuelve un poco, o tal vez muchísimo, la dignidad y grita:

–¡¡NO ME TOQUES, VETE!!

–Eso hago...–dice Ron (Notas de mi diario de campo: 23 de marzo de 2018).

El acto sexual puede también interrumpirse cuando uno de los participantes ya se ha corrido o simplemente no quiere continuar, muchas veces sin tener en cuenta el grado de excitación del otro o los otros compañeros (Langarita, 2015). Y en el contexto del *Dark place* es aún más usual, pues resulta sencillo escabullirse entre la oscuridad.

En estos espacios el sexo no es lo único, el *nonplay* vuelve a operar. Esta vez no solo por la concentración de personas, sino además por las facilidades que genera la oscuridad como estructura.

(...) me la empezó a comer el tío, y que de golpe se fue en plan "no me gusta tu polla" y yo... "¿me huele mal o algo?", que era el tío que le estaba chupando a él después me la chupa a mí y se va... fue como bueno, ok... fue como mi primer contacto hoy en un dark room y de golpe se va, po' un poco ofensivo (Extraído de las entrevistas).

Sé que la escena puede resultar confusa. Durante esta entrevista Ron estaba borracho, porque justo la hicimos después del *dark room*. La presencia de alcohol en el *Dark Place* es más usual que en los *dark rooms* anteriores, pero no siempre se puede reconocer

quiénes están borrachos de quiénes no. Y aunque la oscuridad sea su mayor aliada, los más borrachos suelen gritar o titubear para poner conversa. Salirse del ritual del *cruising* los delata.

Luego de la entrevista con Ron nos percatamos de que no tenía su celular. Justo antes de entrar al *dark room*, vimos su celular para contabilizar el tiempo que estábamos dentro, pero luego no lo revisamos de nuevo para ver la hora de salida. No fue sino hasta cuando estábamos esperando el NitBus, después de la entrevista, que notamos que el celular no estaba. Ron tuvo los pantalones abajo la mayoría del tiempo para que le chuparan la verga. Se acuerda de entre 5 y 6 bocas, pero la que no dejaba de recordar era la primera, pues se la chupó por 10 segundos y de inmediato salió del *dark room*.

Llegamos a pensar que a Ron se le cayó el celular de los bolsillos mientras tenía el pantalón abajo, pero no era la primera vez que lo robaban en un espacio así. Claramente, Ron en lo último que estaba pensando era en sus bolsillos, pero además queda la inquietud de por qué duró tan poco tiempo el primero, cuando los 5 siguientes sí duraron más tiempo. El robo al menos le deja un aliciente a Ron: su verga no olía mal.

Entonces sí, la gente folla, roba, fuma, se ríe, ilumina, turisteo, pero aquí, sobre todo, aquí la gente imagina.

Imaginación y anonimato

Adentro casi que me tiro entre la gente para llegar al centro y veo al tipo de antes, al que estaba sin camisa en la disco. Bueno en realidad creo verlo, la oscuridad no me ayuda mucho. ¿Y si trato de ligar con él?, pero ¿y si no es?, en realidad no importa porque yo creo que sí es... o ¿no? Bueno, puedo pensar que es él y ya está, no hay mucho drama (Notas de mi diario de campo: 12 de mayo de 2018).

Jugar con la oscuridad y la imaginación termina por convertirse en una estrategia para maximizar el placer que se deriva de las interacciones sexuales. Claramente, eso funcionará más en lugares como el *Dark place* o el *Halfdark Place* donde la oscuridad es lo suficientemente densa para permitir este tipo de juegos mentales.

Pero imaginar no solo debe reducirse a una estrategia para cumplir la fantasía de follar con el hombre del cuerpo y la cara ideal. Imaginar implica que “(...) *no tienes que enfrentarte a nadie y a la vez puedes enfrentarte al placer*” (Extraído de las entrevistas). La idea de anonimato, silencio e imaginación, permite no dar cuenta de uno mismo, no hacer frente a lo que el otro representa, minimizando así lo pasos previos para lograr un encuentro sexual. Sobre todo permite encarnar en el otro una fantasía que, de no ser por la complejidad en las dinámicas espaciales y sociales, no sería posible de otro modo. Imaginar es el perfecto complemento en el ejercicio del *cruising*.

Sin embargo, este ejercicio es complejo dado que no es unidireccional. La imaginación no logra invisibilizar al otro por completo, pues aún se interactúa con un alguien. Revestido sí, pero que es autónomo y ocupa un espacio físico.

(...) Yo me estaba imaginando un pibón y esto me ponía cachondo, pero en verdad era todo imaginación. Pero en un momento cuando me empecé a imaginar al tío que me la chupaba que me quería besar y fue como abusivo del rollo “te estoy dejando que me la chupes, no que me beses” y me besaba, y yo como que me dejaba unos segundos por cortesía y después “ahj qué asco” (...) Empecé a imaginarlo ahí sin un diente, con sus ojeras, súper perverso masturbándose y fue como “aaaaaagg-gggggg” y me fui y empecé a decirle a los otros chicos que me tocaban, del rollo “don’t touch me, don’t touch me”, en plan to’ loco echándolos de mi polla a todos los chicos... y nos fuimos” (Extraído de las entrevistas).

El cuerpo imaginado está condicionado entonces por la experiencia que se tenga con el otro físico. Mientras más satisfactoria sea la experiencia, la imagen del cuerpo imaginado va ser favorable. Sucederá lo contrario si físicamente no se lleva una experiencia placentera.

Pero además entra otra cuestión, ¿qué se imagina? El debate sobre lo que se llega a imaginar resulta un punto interesante, la poca información que se pueda ver del otro, puede influir en el proceso imaginativo.

“Y entonces tú dices como “vale, imagina”, porque era todo imaginación. Porque yo me estaba imaginando un súper rubio, súper pibón, que me estaba liando con él mientras me la chupaban 4 tíos sexys, pero en verdad... bueno en verdad solo me imaginaba sexy con el que me estaba liando, porque en verdad solo tenía información de que tenía pelo rubio, y que era alto y como delgado” (Extraído de las entrevistas).

Pero claro, la oscuridad y la imaginación no suelen ser para todos. Están los que no pueden llevar a cabo interacciones sexuales si no ven. La imaginación para ellos no es una opción posible.

“Claro, sí. El morbo... No, pero es que en el cuarto oscuro es diferente, porque en la sauna sí que puedes ver a la gente. En el cuarto oscuro no. Y yo he visto entrar a gente en el cuarto oscuro y he visto gente que me da asco... con todo respeto, eh. (...) es que en el cuarto oscuro no ves nada, no ves ni, ni... ni que tiene en la boca esa persona, ni si acaba de... no sé es como agghh, no sé” (Extraído de las entrevistas).

“(...) si me imagino quién me la podría estar chupando me da asco... no... después. En el momento puedo ir muy cachondo, incluso puedo ir muy empalmado y que me dé asco en el momento. Pueden darse todas las circunstancias, po no sé... me trae algo negativo (...)” (Extraído de las entrevistas).

¿Qué imaginan los que sí gustan de imaginar? Esto supone unos juicios estéticos sobre qué tipo de hombres se desea:

A: ¿Cómo sería el tipo ideal en tu imaginación?

X: Árabe, fuerte. Con barba negra, machito y cañón. Ojos azules, sería demasiado ya... verde, gris, azul, bueno, es indistinguible creo... (Extraído de las entrevistas).

Lo interesante aquí es analizar las formas en que se activan los imaginarios de lo bello, lo bueno, lo exótico, lo deseado y lo abyecto. El debate por el gusto ha sido abordado por diversos trabajos, entre el que se puede destacar el propuesto por Whittier y Simons (2001) en *"The Fuzzy Matrix of 'My Type' in Intrapsychic Sexual Scripting"*. Y aunque no fue el objetivo central desde donde se planteó esta investigación, resultó por hacer emerger una serie de elementos imposibles de evadir: ¿cómo se imaginan al etnógrafo?, pero, además: ¿cómo se imagina a sí mismo el etnógrafo?

Capítulo 2

Los diarios

“So if I’m not black enough and if I’m not white enough and if I’m not man enough, then tell me, Tony, what am I?” (Vallelonga, Currie & Farrelly, 2018)

Hay un cuerpo que pese a que es deseado no ha sido imaginado por su ocupante. Un cuerpo que encarna una serie de complejidades categóricas. Un cuerpo que apenas fue descubierto en la oscuridad, en el sexo. Se trata de un cuerpo que se invisibiliza en función de unos lugares y momentos, pero que se sobrevisibiliza en función de otros. Un cuerpo *in-betweenness* (Curington, Lin & Lundquist, 2015, p. 767): el cuerpo del etnógrafo.

Sí, ya he escuchado sobre la crítica alrededor de *Green Book* (2018) por seguir el complejo del “salvador blanco” (Gómez, 2019)¹⁵ que termina reforzando la idea de que las personas *non-white*¹⁶ no podemos hacer nada a menos de que tengamos ayuda de una persona blanca. También soy consciente del escándalo de acoso sexual en el que estuvo envuelto el director Peter Farrey y las acusaciones de islamofobia que se le hacen al escritor Nick Vallelonga (Pulver,

15. Para mayor información consulte “*Green Book: el complejo del salvador blanco*” en el portal de El Espectador.

16. Con este término también englobo a grupos asiáticos, árabes y demás, que se consideren minorías étnicas.

2019)¹⁷. Además, es claro que para una película cuyo título es *Green Book*, la cuestión alrededor del libro verde se abordó muy poco. Sin contar con la presencia casi nula de afrodescendientes en la dirección, producción y guion de una película cuyo principal tema es el racismo de Estados Unidos en los 60's. Mi intención con esta cita no es otra más que rescatar la *crisis de identidad* que atravesamos los *cuerpos frontera*. Y es quizá esta la única razón por la que celebré que ganará el Oscar a Mejor Película en el 2019.

Los *cuerpos frontera* son esos cuerpos que se encuentran en la línea que diferencia un grupo étnico de otro. Surgen y son cuestionados cuando el cruce étnico del que son producto les impide ser ubicados en una única categoría étnico-racial (Vergara-Figueroa, 2019).

El *cuerpo deseado* que no ha sido imaginado por su ocupante y que trae consigo una serie de dinámicas de poder que no habían sido consideradas en esta investigación, es el mío. Me crié en mi familia materna y mestiza de origen campesino, así que por parte de ellos soy migrante de tercera generación, ya que, como muchas otras personas, mis abuelos tuvieron que huir del campo a la ciudad por cuenta del conflicto armado en Colombia. De ellos he escuchado sus historias rurales: los mitos, los fantasmas, los juegos, el día en que escaparon y también lo que extrañan.

Por motivos familiares, que puedo asegurar a quien lee que no son necesarios especificar, el contacto con mi familia paterna y afro fue tan escaso, que hace apenas un año me enteré que venimos del Chocó. Fue sin duda esta desconexión la que contribuyó a que yo no me identificara ni tomara conciencia de mi posición como afrodescendiente por muchísimo tiempo. A continuación, explicaré cómo surge esta conciencia.

17. Para mayor información, consultar el artículo "*Green Book film-makers in line of fire as sexual and religious controversies emerge*" publicado en la plataforma virtual de The Guardian:

Diario de un blanqueado

Creer entre personas blanco-mestizas me hizo ignorar por completo mi identidad étnico-racial. Y ni siquiera estoy seguro que *ignorar* sea la palabra adecuada. No voy a negar que en momentos muy puntuales logré y lograron hacerme sentir diferente con base en mi color de piel, pero esos momentos no suscitaron en mí una reflexión profunda. Es más, estoy seguro que hubo muchos más momentos de los que puedo ahora recordar, en los que el no ser blanco implicó que me trataran de manera diferente. Sin embargo, el no ser consciente de ello hacía que yo adjudicara un rechazo, una mala mirada o un comentario, a un aspecto diferente de mí: el ser flaco, mi personalidad, o mi masculinidad. Hasta hace muy poco no pensaba que esos gestos fueran una reacción contra mi color de piel. Así que sí, yo me creía blanco, y también estoy seguro, que hay partes de mi identidad que aún creen que lo soy.

Me tienta mucho decir que haber escuchado toda mi vida denominaciones como: “mi canelita” o “mi café con leche” y seguir ignorando el significado que se le da a mi color de piel, fue un mecanismo de autodefensa para obviar unas formas de exclusión y vivir un poco más feliz. Tal y como hice durante mis años escolares en un colegio cristiano con mi orientación sexual. Muy en mí sabía que me atraían los hombres, pero, al mismo tiempo, sabía que no debía indagarlo aún. Incluso cuando mis compañeros me convidaban a morbosear el cuerpo de una mujer, como un mecanismo para construir una masculinidad, yo les decía que no sabía por qué, pero que no le veía la gracia. Por mucho tiempo para ellos yo era el nene del grupo, era bastante consentido y el mejor amigo del *bully*, por lo que sus relaciones patriarcales conmigo impedían que el poco *bullying* que me hacían apelara a que posiblemente no fuera heterosexual, como sí pasaba con otros compañeros. Recuerdo que uno de ellos fue expulsado del colegio al confesarle su amor a otro hombre, ya que esto atentaba contra la moral de los otros compañeros varones:

la moral de morbosear mujeres, obvio. Pero como decía una compañera: “de los colegios religiosos es de donde salimos más maricas”, así que el atentado ya estaba hecho.

Con mi identidad étnico-racial no fue así. Yo ni siquiera me imaginaba los procesos de exclusión de los que era parte. No era que no me los quisiera pensar, simplemente no eran evidentes para mí como sí lo eran otras dimensiones, también excluidas pero ocultas intencionalmente, de mi identidad. Por lo que reconocermé como afrodescendiente no pasó en primera instancia por el rechazo, repito, no porque no lo haya experimentado, sino porque era invisible para mí. Bien dice Bonilla-Silva que “El momento en que las personas de color apagan sus radares raciales, es el momento en que la blancura se filtra más fuerte que nunca” (2012, p. 178).

“Me blanquearon”¹⁸ es quizá la única expresión colombiana que se refiere a lo blanco como algo malo, se refiere a que se le ha negado algo a alguien. Y aunque la expresión ya está en desuso, los procesos de blanqueamiento son de los más usados, refinados y estables. Siendo así, además de mi profunda desconexión con mi identidad afro, como el Dr. Sherley en *Green Book*, los procesos de blanqueamiento que atravesé, y sigo atravesando, hacen un esfuerzo por invisibilizar aún más dicha dimensión étnico-racial en mi identidad. Pues, retomo, mi identidad pasa por ser biracial al tener un *background mestizo* y un *background afro*.

Hablar de mi identidad como biracial implica referirme a una identidad sumamente móvil, a la que se le adjudican y se le quitan sistemáticamente privilegios blancos, pues se le ubica en un *espacio intersticial* (Curington et al, 2015, p. 768). Los procesos de blanquea-

18. Esta expresión es un sinsentido, pues surge como oposición a la expresión “me negrearon”, sin embargo, significan lo mismo. “Me negrearon” se emplea en un lenguaje coloquial para afirmar que se está falto de algo que los demás no, aludiendo a la exclusión. Ejemplo: “Me negrearon, les dieron pastel a todos menos a mí.

miento que atravesamos las personas *non-white* son diversos, aunque tengan el mismo fin: invisibilizar las identidades étnico raciales que no se adscriben a la identidad que abandera el modelo colonial-hegemónico. Dicha invisibilización procura eliminar historias, estéticas, ideas y demás expresiones sociales *non-white*, las cuales, por la lógica hegemónica, terminan contradiciendo al sistema colonial. Ahora bien, la diversidad de los procesos de blanqueamiento va a depender del contexto social en el que se socializa el individuo y de las maneras en que este es posicionado en la jerarquía racial.

“Vea, hágase masajitos en la nariz para que le angoste un poquito”, “venga le echo linaza en el pelo para que se le ponga más sueltico, menos amontonado”, “venga le pongo un gancho para hacerle más pequeñas esas olletas”¹⁹ Creo que me quieren rescatar. También me quieren rechazar. Me quieren rescatar rechazando una parte de mí. Y lo lograron. De peque, me hacían una serie de tratamientos para hacerlo, para transformar fenotípicamente mis rasgos afro, lo cual terminó escalando hasta el imaginario sobre mí mismo sin necesariamente tener resultados visibles. O al menos no permanentemente.

Este rechazo a unos rasgos y a una estética afro ocurría, y ocurren, mientras se maximiza el otro lado de mi identidad, mientras se rescata lo mestizo que pretende ser blanco. Se trata entonces de un proceso en el que el rechazo y el rescate se vuelven dos elementos indivisibles, en donde se explica al sujeto en calidad de rescatable sin dejar de recordarle su lugar. Su –mi–identidad es explicada a partir de negaciones: *“el caso es que tú eres negrito, pero no tanto”, “tú eres como oscurito, pero no tanto, más bien claro, pero no tanto. Eres todo lindo”²⁰*.

19. “Las olletas” era una denominación para caricaturizar la forma de mi nariz bastante ancha. En numerosas ocasiones se me ponía el gancho con el que se cuelga la ropa a manera de burla.

20. Las frases que se citan aquí son recopilaciones que realmente he escuchado.

En este sentido se entiende pues que el blanqueamiento biracial que experimento es el proceso por el cual se rechaza sistemáticamente la identidad afro,²¹ mientras se rescata un mestizaje disfrazado de blancura. Por lo que no se trata de un rechazo que se conforma solo con excluir, sino que procura una transformación estética en los rasgos afro para invisibilizarlos mientras se maximiza una estética blanca. Este proceso se propone entonces generar transformaciones visibles en el cuerpo, instalándose en la discursividad para alentar la alienación racial bajo la idea del “rescate”. El blanqueamiento biracial es, pues, traer lo blanco como el factor de rescate mientras se referencia lo afro como el factor que no lo permite, ambos elementos, rechazo y rescate, no se pueden accionar el uno sin el otro, lo que en muchos casos termina dejando la identidad racial en un limbo.²²

No hay nada que hacer, soy un hombre blanco. Inconscientemente desconfío de lo que hay negro en mí, es decir, de la totalidad de mi ser.

Soy un negro, pero, naturalmente, no lo sé simplemente por serlo (Fanon, 1967, p. 148).

Reconocer la posición afro en mi identidad ha sido un proceso lleno de tropiezos, preguntas, radicalismo y sobre todo de contradicciones. Me vi como afrodescendiente en un lugar en el que no se puede ver bien: el *dark room*. Pero sí ocurre en un país donde lo blanco y europeo prima.

21. Me gustaría usar el término *Non-white*, pero cada grupo étnico tiene distintas experiencias. No es lo mismo el blanqueamiento y la exclusión que atraviesa una persona hispana que una persona árabe. Así mismo tampoco el que puede atravesar una persona asiática comparado con una persona asiática/blanca

22. La idea de la identidad dejada al limbo fue enunciada en una reflexión que tuvo lugar durante una discusión en *The Black Forum* el 19 de abril de 2019 por Natalia Domínguez, politóloga egresada de la Universidad Icesi.

Diario de un exótico

Llegué a Barcelona en el 2017 y desde entonces el espacio público se volvió un lugar de incógnitas. Al principio me ponía paranoico la sobre-atención que recibía de la gente mayor. Mis amigos catalanes y latinos, que ya llevaban tiempo viviendo allí, insistían en que era solo paranoia mía. Pero luego de innumerables casos en que notaban la situación, aliviaban el momento diciendo: “*solo están tratando de adivinar de dónde eres*”. Como si el querer adivinar de dónde soy, fuera un juego inocente que tiene por objetivo reunir la mayor cantidad de nacionalidades vistas y no de demarcar dinámicas de poder a partir de mi lugar de origen; como si el querer adivinar de dónde soy no fuera además un ejercicio que pasa por verme diferente a partir de mi color de piel. Pero hasta ese entonces mis radares raciales (Bonilla-Silva, 2012) apenas se estaban encendiendo.

Fue sin duda en el metro en donde por primera vez dije “¡marica, no soy blanco!” y suena tonto ¿no?, para entonces, llevaba 21 años en este cuerpo y no había visto su color. Recuerdo muy bien esa vez: fue solo un instante, línea verde, desde la estación Passeig de Gràcia a Plaça de Catalunya, el vidrio nos reflejó a la multitud, pero yo no me sentía parte de ella. Fue de las primeras veces que esa diferencia tuvo sentido para mí.

Nikki Lane (2016) va a discutir la investigación propuesta por Mignon Moore titulada *Invisible Families: Gay Identities, Relationships, and Motherhood among Black Women*. En esta, la autora explora las formas en que la maternidad se intersecta con identidades raciales, de género y sexuales. Una de las estrategias que Moore va a usar en el capítulo 3 es hacer preguntas encaminadas a indagar sobre qué identidad, dirían las entrevistadas, es la más importante para ellas. A primera vista, esto puede resultar conflictivo en lo que respecta a la interseccionalidad, pues lo que se busca es precisamente no

desarticular las categorías o evitar pensar unas cómo secundarias frente a otras (Gamson y Moon, 2004, p. 52). Sin embargo, lo que Moore se propone es “entender cómo y por qué las personas negocian sus identidades en relación con otras personas y grupos” (Lane, 644, p. 2016). Esto es pertinente para aclarar que, si bien no fue exclusivamente en el sexo donde empezó a generar ruido mi color de piel, sí fue allí donde más relevancia tuvo para mí, pues mi identidad como homosexual está, en muchos aspectos y, como se diría desde el psicoanálisis, mejor tramitada.

A pesar de esto no seguía siendo muy claro del todo. La mitad de mi trabajo de campo fue empezar a preguntarme sobre mi éxito atrayendo hombres en los *dark rooms*. Algunas veces siguiendo el patrón de no tener en cuenta mi color de piel: “¿Será porque soy flaco?, ¿la forma en cómo me expreso?, ¿como camino?”.

Y claro que disfruté toda esa atención. Incluso después de entender que se trataba de mi color de piel. Mi análisis muchas veces se limitaba a pensar en mis rasgos afro como un atractivo más, que no inscribía el deseo en dinámicas coloniales, ignorando así situaciones de tensión y desbalance de poder. En general, *ligar* era mucho más fácil que en Cali. Por supuesto hay que destacar que por el hecho de estar en una ciudad mucho menos tradicional,²³ que es reconocida internacionalmente como *gayfriendly*, las formas de homo-socialidad en el espacio público tienden a ser menos “discretas”. Pero yo ignoraba mucho y, según yo, tomaba partido de mi ventaja como exótico, de mi “ventaja residual”.

La ventaja residual, es la ventaja que dejan las relaciones de poder a quienes no lo tienen. Nikki Lane vuelve a discutir una investigación realizada por Mireille Miller-Young. *A Taste for Brown Sugar: Black*

23. Estrictamente hablando, porque la escena gay en Barcelona es bastante heterosexual y colonial. Afirma Guasch en García: “Espacio, pero sin pausas, y gracias a la política gay, la homosexualidad deviene profundamente heterosexual” (2004, p. 67).

Women in Pornography, es un trabajo que examina el rol de la mujer negra en la pornografía: desde su performance en cámara hasta lo que hay detrás de escena en su trabajo. Miller-Young va a introducir el concepto de “erotismo ilícito”, entendiéndolo como “la práctica de mujeres negras que utilizan, manipulan y representan sus sexualidades con el propósito claro de beneficiarse de su sexualidad.” (Lane, 2016, p. 645). Esta práctica ocurre dentro de la industria porno para exagerar e inventar un tipo de representación sexual, aludiendo a unas diferencias raciales que terminan siendo fetichizadas, exotizando así a los cuerpos que las ejecutan (Lane, 2016).

Y de ahí saqué ventaja yo. Con los radares raciales medianamente encendidos o, mejor, mal encendidos, empecé a desarrollar estrategias para aprovecharme de ese “erotismo ilícito”, que, para este caso era inconsciente acerca de las problemáticas que implicaba. Empecé a usar bálsamos labiales para cuidar mucho más mis labios, ya que recibía halagos frecuentes porque en general los labios de las personas blancas son bastantes delgados –en comparación con los míos–, y a menudo exageraba el uso de crema para hidratar en todo mi cuerpo. Esto me ponía a reflexionar en relación con una entrevista que le habían hecho a Guasch²⁴ sobre Barcelona y la homofobia. Una de las preguntas va en clave de las estéticas de los inmigrantes que llegan a la ciudad. El autor responde citando un ejemplo de unas fotos de un chico que llegó a Barcelona desde Portugal y al cabo de un tiempo de estar en la ciudad su estética era otra:

La primera es la foto de un chico con un bañador cortito, con patillas, peludo. En la segunda está rapado, completamente depilado con un bañador muy pequeño de esos que suben los testículos. Mi amigo me dijo: ‘Mira Óscar, qué hace Barcelona’ (Guasch, 2011)²⁵

24. Sociólogo de la Universidad de Barcelona especializado en investigar temas alrededor de la Sociología de la Sexualidad.

25. Para mayor información consulte la entrevista realizada por Elena Ledda: “Oscar Guasch: Ser macho mata” en el portal de Pikara Magazine.

Guasch (2011) dice que “Barcelona es un parque temático más que una ciudad (...)” y era esta la lectura que yo hacía, la típica historia del chico provisionado que llega a la gran ciudad y se empieza a adaptar a la demanda del mercado sexual. Aunque yo no era tan típico. La cuestión aquí es que estaba además usando un “erotismo ilícito” inconsciente, en el que resaltaba unos rasgos afro y latinos, no con el ánimo de reivindicar, sino de *ligar*. Siguiendo la historia de mi blanqueamiento, estaba haciendo lo opuesto a lo que hacían para disminuir una estética *non-white*. Pero una vez más estaba al servicio de una lógica hegemónica-blanca, sacando partido de lo que esta me dejaba, del residuo.

Diario de un exotizado

El ilustrador y activista trans Mars Elliot Wright va a decir en *Kindr*, una campaña producida por *Grindr* en el 2018: “Te están fetichizando, puede ser un poco deshumanizante. No se trata de ti como persona, se trata de tu cuerpo trans”. Por supuesto que las personas trans tienen experiencias de discriminación muy diferentes a las que yo siquiera me pueda enfrentar, pero esta frase es lo bastante potente como para englobar otros tipos de cuerpos y así de exotismos: “Te están fetichizando, puede ser un poco deshumanizante. No eres tú como persona, es tu cuerpo biracial”.

Aquella ventaja residual que yo celebraba me sigue relegando. Jamás va a dejar de ser el residuo y eso tal vez me convierta en el carroñero. Me enfrento entonces a un proceso de objetivación en un:

(...) contexto socio-sexual, [en donde] las relaciones sexuales entre hombres negros y blancos²⁶ pueden estar estructuradas por una re-

26. La mayoría de mis encuentros erótico afectivos sucedieron con hombres blancos.

lación de poder, en la cual los hombres negros emergen como objeto de la agencia de los hombres blancos. (Husband et al., 2013, p. 437).

Y aquí empiezan las molestias: cuando soy el carroñero.

El carroñero entonces va a ser el que logra comer algo, pero nunca va a dejar de ser lo que es. El carroñero se puede alimentar, pero el elemento que lo alimenta siempre le va a recordar su posición ¿Soy un carroñero?, ¿voy a serlo siempre?, ¿cómo dejo de serlo?, ¿quién soy?, ¿soy negro?, ¿soy blanco?, ¿qué veo en el espejo, un carroñero?

Específicamente, fue la genitalización la que detonó este malestar. La frase: “Entre más oscuritos más grande lo tienen” en un *dark room*, fue sin duda significativa para despertarlo. Y es que el sexo gay se concibe desde aquí desde el pene:

“(...) o sea, hay gente que te mete mano y no tienes la polla [dura] y te deja... falocentrismo máximo, el sexo es solo un falo duro, no hay otra opción. (...) trabajo en una productora [porno] que se considera feminista y se considera súper avanzada sexual... que representa sexualidades muy variadas y tal... y cuando una polla no está dura, es un drama” (Extraído de las entrevistas).

Desde aquí es de esperarse que la exotización de los cuerpos afro racializados empiece desde los genitales, desde cómo el color podría reflejar el tamaño de una verga: “En particular, la “genitalización del cuerpo masculino negro” (Walcott 2002, p. 142) invoca el estereotipo de hipersexualidad masculina negra, al mismo tiempo que ignora a los hombres homosexuales negros como personas reales, apelando a los deseos eróticos de ciertos hombres homosexuales blancos” (Husband et al., 2013, p. 436).

Mi reflexión empieza en el espejo. El espejo fue el momento en el que yo me percibí como exótico, como si tercerizara mi propio cuerpo para pensar en cómo el residuo al que yo me estaba

aferrando seguía siendo un problema para asumirme. Luego, ser consciente de advertencias del tipo: “Ay es que él²⁷ no puede ver un negro porque se vuelve loca, ve con cuidado” o cuando el mismo Arthur en una entrevista me dijo: “Es que a vos te va bien porque hay poca oferta pero mucha demanda de tu tipo”. El espejo fue ser consciente de esa cosificación. ¿De mi tipo?, ¿del tipo que es afro y por eso debe tener un pene re grande?, ¿del tipo que por ser afro y además latino debe ser ardiente en la cama?, ¿del tipo que debe bailar muy bien por su color de piel? Básicamente, del tipo que debe entretener. La pregunta no es si soy bueno en la cama, si bailo bien o si la tengo grande, la pregunta es: ¿sos capaz de pensarme en otro tipo de escenarios?

Luego de este reclamo vienen los hechos, los datos estadísticos que usa la gente para justificar sus afirmaciones: “Mira, pero es que esta investigación de “quién tiene el pene más grande” dice que son los negros”. Y así, según ellos, validan que no son racistas porque por supuesto que la ciencia no lo es. Pero aun suponiendo que esos mismos datos les dijeran que el grupo étnico-racial que tiene el pene más grande no es el afro, no sería suficiente, básicamente porque “Los “hechos” importan muy poco (...) Lo que cuenta en última instancia en el mundo real tejido por la raza es la percepción de los blancos²⁸ sobre los negros” (Bonilla-Silva, 2012, p. 183).

¿Y en este escenario qué?, otra vez: ¿cómo dejo de ser un carroñero?, ¿debería ejercer resistencia?, ¿cómo lo hago?, ¿cómo sé que esa

27. “Él” es Arthur, un DJ que trabajaba en la discoteca del *Halfdark Place* y accedió a darme una entrevista. La entrada allí era la más cara y no podía pagarlo cada vez. Arthur me hacía entrar gratis.

28. Esta cita se extrae de “*The invisible weight of whiteness: the racial grammar of everyday life in contemporary America*” un paper que problematiza las formas en que la supremacía blanca se impone como el estándar normal y universalizado. Aclaro esto, porque no quiero que se entienda como si Bonilla-Silva expresara una necesidad de ser aprobado por los blancos *per se*.

resistencia es suficiente?, ¿qué hago si solo quiero sexo?, ¿debería indagar en las percepciones del otro hacía mí antes de acostarme con él?, ¿hago un test pre-sex? Estas dudas llegaron como una esquizofrenia en algún momento en el *Lowdark Place*:

(...) yo ahora estoy en lo *dark*, donde ni la luz de la pantalla porno me descubre, solo estoy viendo. Pero ya es hora de salir, y me pregunto: ¿está mal sacar ventaja de mi exotismo?, ¿contribuyo a acentuar la discriminación?, ¿es igual si al final yo también cosifico a estos hombres?, ¿está “doble cosificación” está desequilibrada? Porque soy *exótico* aquí, soy el único biracial y el más joven de todos. La mayoría de ellos son blancos y menos jóvenes, bastante menos jóvenes... ¿puedo cosificar la hegemonía?, sé que hay una estructura histórica que establece esta jerarquía y que me pone en una posición discriminada, pero tengo la sensación de que también puedo hacerlo. No sistemáticamente, no a gran escala, pero sí que puedo cosificar a quien me cosifica. Creo (Notas de mi diario de campo, 6 de abril de 2018).

No voy a responder a estas preguntas, más que nada porque aún no sé cómo hacerlo. Aunque obviamente no puedo cosificar a la hegemonía, sí puedo resistir. Pero ¿Cómo determino si el tipo de resistencia que yo construya va a ser suficiente? o ¿si siquiera existe algún tipo de resistencia que lo sea?, ¿debe ser suficiente para mí y mi tranquilidad? O, además, ¿debe ser también suficiente para él y mi intento por combatir su racismo? Al respecto Husband et al. (2013) desarrollaron un análisis de datos recopilados en Toronto, Canadá, para dar cuenta sobre el comportamiento sexual de hombres negros con otros hombres de distinta descendencia étnico-racial.

La información se obtuvo de un estudio previo que se había llevado a cabo por los mismos autores entre 2006 y 2009. A este se le llamó *The MaBwana Black Men's Study* y quería dar cuenta sobre la vulnerabilidad ante el VIH de hombres gais y bisexuales que se identificaran como africanos, caribeños o negros. Se obtuvo infor-

mación de 134 participantes activos sexualmente (2013, p. 437). El estudio logró demostrar “cómo los participantes de MaBwana variaron su posición sexual de acuerdo con el origen étnico-racial de sus parejas sexuales” (p. 435) y en las entrevistas llevadas a cabo se detalló en “el contexto dentro del cual se producen esas posiciones cambiantes” (p. 435). Esto constituyó un punto de partida para que Husband et al. (2013), indagaran sobre el cálculo de poder que se hace en relaciones sexuales interraciales.

Entre los múltiples escenarios de los que logró dar cuenta este nuevo análisis, logró reportar qué tan conscientes eran los participantes sobre las relaciones de poder que se generaban en un contexto interracial con sus compañeros sexuales. A esto se encontró que los entrevistados tienden a ser “conscientes de los límites y el potencial de sus relaciones sexuales; no ceden a las relaciones sexuales interraciales como participantes sin poder o inconscientes y parecen resistirse a la objetivación, incluso en las relaciones sexuales con hombres blancos” (Husband et al., 2013, p. 446).

En este sentido, es difícil generalizar y decir que la mayoría de hombres gays/bisexuales negros o biraciales somos conscientes de las dinámicas de poder en las que tendemos a vernos envueltos dentro de las relaciones sexuales, yo mismo no lo era. Pero si al menos los de este estudio son conscientes y se oponen a ser cosificados, es de esperarse que hayan desarrollado algunos mecanismos de resistencia:

La resistencia puede ser pasiva, negándose a tener relaciones íntimas con hombres blancos o ciertos hombres negros, o mantener sus relaciones sexuales con hombres blancos puramente sexuales. Pero la resistencia también es activa en la medida en que algunos hombres negros negocian sus relaciones íntimas con los hombres blancos y resisten la racialización incluso dentro de las relaciones sexuales y también a través de su insistencia en involucrar y movilizar a los hombres negros

homosexuales y las comunidades negras en busca de salud, bienestar y justicia social. (Husband et al., 2013, p. 446).

Ahora no se trata de resistir solo como marica, tampoco como biracial. Ahora se trata de resistir como un *marica biracial*, pues no puedo aprehender las categorías que componen mi identidad como variables discretas, y así mismo, tampoco los sistemas de opresión. Es importante reconocer que los sistemas de opresión terminan intersectándose y generando así matrices de opresión.

Pero esta interseccionalidad de la que hablo es más compleja, pues no se trata tampoco de asimilarla como la suma de las partes de las categorías que componen mi identidad (Gamson y Moon, 2004, p. 54). Sino, además, de comprender mi aproximación a ellas, las formas de las que me apropio, las inconciencias que aún tengo sobre ellas y las contradicciones que me presuponen.

Ya en este punto, es claro cómo el sexo homosexual fue el que me dio acceso a una categoría étnico-racial en mi identidad. Fue en el sexo donde exploré mi cuerpo y su color, mientras los demás también lo hacían, fue allí donde tomé “ventaja” de ese color, mientras los demás me mostraban lo que implicaba aceptar esas ventajas sin más. Fue en el sexo donde se inscribieron los estereotipos alrededor de mi cuerpo. Alejarme del exotismo que alguna vez me llenó fue el comienzo: ser marica fue lo que me hizo biracial. Así que, en un orden enunciativo, yo no me encontré con una sexualidad racializada, que es quizá de lo que más literatura se ha producido, yo me encontré con una dimensión étnico-racial sexualizada. La interseccionalidad desde la que me represento se complejiza al poner el foco en las formas en las que he negociado mi identidad y así, también las maneras en que me he apropiado de luchas y en cómo he construido resistencias alrededor de estas. Y es desde esta intersección, donde me seguiré construyendo como el *marica biracial* que soy.

Diario de un etnógrafo exotizado

¿Cómo repercute esto en campo? Antes, es necesario esbozar el debate respecto a las relaciones sexuales en campo con los informantes. Langarita (2017) al abordar este debate, afirma que hay dos cuestiones que suelen mencionarse como problemáticas en este estudio: la objetividad y la ética. La primera sigue siendo un debate dentro de las Ciencias Sociales, no solo en lo que respecta al sexo en el campo.

Sin embargo, bien hace Langarita en retomar la frase de Bourdieu donde en vez de cuestionar la objetividad del sexo del antropólogo se explica que: “el antropólogo debería ser capaz de captar la objetividad de la experiencia subjetiva independientemente del evento social que tenga lugar” (2017, p. 6). Por esto, el sexo entendido como una actividad social más no debería dejarse de hacer por cuestiones de objetividad. Bien porque esta ya es problematizada desde cualquier objeto de estudio, bien porque dejar de hacerlo implica asumir una posición respecto al sexo, que en gran medida termina por favorecer las versiones moralistas de este.

La discusión por la ética y el sexo del antropólogo sigue siendo bastante escasa. Al respecto, Langarita (2015) opina: “La ética del trabajo de campo no pasa necesariamente por la abstinencia sexual como norma, porque el antropólogo no conoce enteramente cómo se significa el sexo en el grupo que estudia ni su función en el contexto social si no se integra en este tipo de relaciones. La ética del trabajo de campo es un abordaje en sobre el objeto de estudio que parte del respeto por el otro sin invasiones ni jerarquías” (p. 47-48). Aquí en cambio, deberíamos preguntarnos: “¿cuáles son las consecuencias de un trabajo de campo sobre sexo sin sexo?” (p. 48).

Tras su basto trabajo de campo en varios lugares de *cruising* en Cataluña, Langarita argumenta que fue precisamente su aproximación sexual en campo lo que le permitió entender los significados que se le da al ritual y al placer sexual con desconocidos. El abordaje experiencial del *cruising* constituye una participación activa fundamental para comprender que ser un sujeto sexual activo en campo, es un punto de partida para el estudio de las relaciones sexuales en sí mismas (Langarita, 2017, p. 11).

En este sentido, fue necesario para mí pensarme cómo me iba a relacionar con mi objeto de estudio, qué límites iba a poner, cómo los iba a mantener y qué límites podrían implicar esos límites en el análisis. Como individuo, me resultaba complicado tener sexo anónimo. Me refiero a la corporalidad del otro cuando la cara no se ve, pues no era un problema para mí tener sexo con alguien que había conocido una noche o durante una primera cita o sin si quiera una cita. Lo que me cohibía de entrar en relaciones sexuales dentro de los *dark rooms* era la oscuridad: el anonimato del cuerpo, no de la identidad. Pero el *cruising* es más que sexo y sexo son muchas cosas.

El sexo en tanto actividad social no se puede limitar solo a la actividad visceral de penetrar, mamar, ser penetrado, dejársela mamar o masturbarse entre sí. De hecho, la *Sociología de la Sexualidad* debería “definir qué es sexo y qué no lo es, describir qué espacios y tiempos tiene adjudicados, qué actores lo ejecutan y cuáles no, de qué modo lo hacen, y las razones y consecuencias sociales de todo ello” (1993, p. 106).

Al principio, mis interacciones en el campo fueron bastante tímidas: observar, a menudo ser tocado, escuchar, interactuar con las miradas, con los gestos y a veces hasta respirar son acciones que, si bien no se pueden catalogar como sexuales a simple vista, ya me vuelven parte de las interacciones del *cruising* dentro del *dark room*. Pero además sentir deseo, miedo, vergüenza y hasta ansiedad se vuelven sensaciones y emociones sexuales que yo podría analizar

para comprender la realidad que estudio. La misma habilidad para interpretar una comedia que me hace reír, podría usarla para interpretar un acto sexual desde las sensaciones corporales que me genera (Díaz-Benítez, 2013, p. 19).

Así que sí fui parte del *cruising* desde el principio y, aunque el sexo en el *dark room* es importante, recordemos que aquí tienen lugar otro tipo de interacciones que se distinguen del sexo por el propósito con la que son llevadas a cabo: el robo, el entrar sin pretensiones sexuales solo por curiosidad, por ejemplo. Si bien el argumento de Díaz-Benítez puede usarse en mi contra dado que mi propósito era investigar, entender una realidad en particular, aunque para hacerlo debía involucrarme sexualmente. En este sentido, mi propósito se volvió sexual pero además también investigativo o se volvió sexual porque era investigativo.

A pesar de las interacciones tímidas al principio que describo, sí tuve sexo y sentí las complejidades del campo desde mi primera vez ahí:

Teníamos derecho a una cerveza cada uno, pero después de dos sorbos ya estábamos en el *Dark Room*. No voy a mentir, la curiosidad científica se fue a la mierda, aunque a veces iba y volvía la desgraciada. Entrar fue raro, porque fue un mix, como todo con él. Era una mezcla de lujuria, desde luego; algo de miedo, tengo que admitirlo, no por él, por el lugar; y un poquito de intriga, pero solo un poquitito, *I mean*, iba a ser usuario de mi objeto de estudio, iba a ser mi propio objeto de estudio (Notas de mi diario de campo, 5 de octubre de 2017).

Mi primera vez en campo fue con Lorenzo. Lorenzo fue un *summer love* muy largo que conocí durante mis primeras semanas en Barcelona. En campo ocurrió lo que Bailey (2013) define como una implicación de la *etnografía performativa*: la disolución de la frontera entre investigado e investigador.

La etnografía performativa, es, pues, “la práctica por la cual el investigador introduce su cuerpo directamente en el proceso por el cual la formación cultural que está siendo estudiada es producida” (Lane, 2016, p. 638). Y eso hacía yo. No solo por problematizar el estar/ser el campo, sino además por mi interseccionalidad. Si puedo usar los sentimientos y emociones que suscito en otros, y que yo mismo tengo, para obtener datos que dan cuenta de la realidad en las que estoy inmerso (Díaz-Benítez, 2013, p. 19) y además soy consciente de los procesos de cosificación de los que soy parte como sujeto biracial, implica que esa ventaja residual, ese erotismo ilícito del que hablaba antes, lo puedo usar de manera consciente para recolectar datos que den cuenta de la realidad que vive un marica biracial en el *cruising*.

Ahora, el uso del erotismo ilícito consciente era necesario para llevar a cabo una etnografía performativa, incluso en las entrevistas. El hecho de que estas no fueran estructuradas permitió que algunos participantes obviaran mi identidad étnico-racial y se dedicaran a hablar de cómo se sentían con la idea de un *dark room*, cómo percibían la escena gay en Barcelona, entre otras cuestiones que igual fueron necesarias para esta investigación. Pero sí hubo algunos participantes con los que llegué a entablar diálogos acerca de cómo me percibían, casi siempre desde la pregunta “¿Cuál es tu tipo?”.

Gamson y Moon (2004) retoman trabajos como los de Whittier y Simon (2001) en donde se examina el criterio de selección sexual, es decir, el “tipo” de personas que los individuos encuentran atractivas y qué factores contribuyen a dicha preferencia sexual. Se encontró que las personas no ven las diferentes categorías identitarias como variables independientes. En cambio, el deseo es experimentado con el conjunto de variables, desde la interseccionalidad (p, 54). En este sentido, aunque las preguntas que surgían del diálogo no se planteaban para que los entrevistados dieran cuenta de una categoría en concreto – pues además de marica y biracial, también soy un hombre joven con cierta contextura física y con un tipo de masculinidad no tradicional–, sí terminaban dando cuenta de una en particular: la étnico-racial.

X: *[Me gustas] Porque eres moreno, eres lindo y un poquito flaco. Me gustan mucho las diferencias, no me gustan chicos que se ven como mĩ²⁹ [sic]... no me gusta rubios, no europeos del norte, no me gusta. Me gustan latinos generalmente, porque te dan más de... calor, de forma de ser, de estar juntos. Me dan más de calor [sic], son más amables y me gusta la diferencia, diferencia de cómo se comportan, pero también la diferencia de cómo se ven. Un poquito morenitos... me gustan mezclas...*

A: *Y ¿por qué te gustan morenos?*

X: *Buen pregunta [sic]. Siempre he estado con morenos, siempre.*

A: *Pero ¿solo un gusto, un fetiche o qué?*

X: *Fetiche... es un gusto intenso, casi un fetiche (Extraído de las entrevistas).*

Así pues, es claro que, aunque el entrevistado menciona varias categorías que son relevantes en las maneras en que él me percibe: “moreno”, “flaco” y “latino”, es su énfasis en “la diferencia” y en su gusto por las “mezclas” lo que resulta más notable. Como apunta el estudio *The fuzzy matrix of ‘my type’ in intrapsychic sexual scripting* de Whittier y Simons, no se me ve desde una categoría, sino desde la interseccionalidad. Sin embargo, el énfasis en una de las categorías da cuenta de las maneras en que él está negociando mi identidad, y es probable que la insistencia en ciertas categorías explique el erotismo, producto del racismo, que le produce que yo sea biracial. Insisto, sin decir que las otras categorías no tuviesen relevancia, incluso las que él no menciona.

Las formas en las que se gestiona el racismo logran objetivar a un individuo, a pesar de que no todas las categorías de su interseccionalidad sean potencialmente cosificables. Cabe destacar que

29. Aunque el entrevistado habla bien español, tiene algunos errores en su uso. Fue él quien insistió en responder en ese idioma.

este entrevistado antes había expresado un gusto hacía mí. Esta fue otra estrategia aprovechada desde mi *performance* porque, en general, resultaba difícil concretar entrevistas con personas que se encontraban en discotecas o en *dark rooms*. Incluso cuando ya les había conocido de antes:

(...) siento otra mano entrando en mi pantalón, la retiro y le digo qué no, qué gracias –Are you sure? –Yeap, continua hasta que le retiro la mano una vez más, ahora un poco más brusco, se va 10 segundo y vuelve, esta vez con la linterna del celular encendida.

–I’m just looking for my t-shirt, sorry.

–Don’t worry... ehm... ehm... ¡JUAN JOSÉ!

–Oh my god I know you, right?

Conocí a Juan José y a su novio en un *brunch* hace unos 7 meses por un amigo que daba una fiesta en su piso. Algo muy tranquilo: 11 de la mañana, huevos revueltos, croissant, jugo de naranja y una raya de coca en el plato. Juan se crio en un país latinoamericano, pero por alguna extraña razón, que hasta ahora no logro entender, habla mucho mejor inglés, aunque se le da bien el español. Hablamos un rato y en 2 minutos le conté mis intenciones en el *dark room*, él no me contó tanto las suyas, pero se comprometió a darme una entrevista. Para mí era suficiente.

(...) Tiempo después Juanjo me pedirá que no le hable del tema y no me dará la entrevista porque ya le da ansiedad el solo hecho de hablarme. La ansiedad de no ser anónimo *anymore*” (Notas de mi diario de campo, 12 de mayo de 2018).

Así que una de las estrategias consistía en ahondar sobre mí interseccionalidad con gente a la que yo sabía que le gustaba. Bien porque hubieran tratado de *ligar* en el *dark room* conmigo o algunos que conocía por *Grindr*. Ya sé que se podría pensar en datos viciados, si consideramos que el entrevistado operaba en función de quedar bien ante mí como objeto de deseo. Pero

para evitar que los entrevistados se cohibieran de dar cuenta, por ejemplo, de mi biracialidad y sus prejuicios, mi estrategia era legitimar sus ideas alrededor de mi cuerpo exotizado para tener la mayor cantidad de información posible. De esta manera, incluso las entrevistas se volvieron un *performance* para mí. Aunque ¿cuándo no lo son?

¿Acaso existe una paradoja en la jerarquía entrevistado-entrevistador³⁰ en este escenario en particular? El entrevistado sabe qué está haciendo, el propósito, los temas y demás. La paradoja en la horizontalidad reside en legitimar los prejuicios del entrevistado hacia mí, pese a que yo no los comparta, mientras recolecto la mayor cantidad de datos sobre los modos en que el racismo que me cosifica despierta sensaciones eróticas en él. Es decir, permito esa exotización en mi presencia, lo cual indiscutiblemente me ubica por debajo en una jerarquía racial y sexual, pero ese permiso que doy lo hago para lograr mi cometido como etnógrafo, en el que no estoy seguro en afirmar que haya horizontalidad con su objeto de estudio.

Suárez-Krabbe (2011) insiste en repensarse las relaciones jerárquicas con el objeto de estudio en aras de decolonizar la metodología. Por supuesto la autora se lo está pensando en otros escenarios, ella se refiere específicamente a su trabajo doctoral con los *mamos*, en la Sierra Nevada de Santa Marta. Es claro que es impensable asimilar este escenario con el explicado antes, no hay manera de homologar ninguna situación aquí. Pero a propósito de la autora sigue la pregunta de si existe una jerarquía en la que yo esté por encima: ¿es posible dividir mi qué hacer como etnógrafo con el ser cosificado? O tal vez la pregunta debería ser: ¿existe una sola jerarquía en esta investigación? Pensar en más de una jerarquía termina por desarti-

30. Ya expliqué la disolución de la barrera investigado-investigador en campo desde la etnografía performativa que define Bailey en Lane (2016), por eso uso entrevistado-entrevistador.

cular las interseccionalidades. Y es que es precisamente mi posición como etnógrafo exotizado la que le da sentido a la investigación. Y también mi manera de resistir.

Entonces las preguntas deberían ser ¿cómo pensarnos en relación con el sujeto que estudiamos cuando este es el opresor?, ¿debería también procurar una horizontalidad para decolonizar la metodología? Si es así, ¿por dónde empezar? Si no lo es, ¿por qué? Investigar puede ser el principio para desmotar cualquier jerarquía en este escenario en particular. Investigar así puede entenderse como un acto de resistencia, pero la pregunta sigue siendo cómo asumirlo.

Exótico, pero...

Ya he explicado desde mi experiencia, desde la evidencia empírica, y desde algunos y algunas autoras cómo se vive y se cimienta el exotismo. Basta agregar par de cosa más. Durante la búsqueda de referentes me topé con autoras y autores que al escribir sobre exotismo lo hacían desde diferentes ángulos. Leerles me hizo pensar además en las formas en que yo he sido exotizado, en una suerte de niveles que fueron evidentes en el *dark room*.

Quizá apelar a la mirada de un de autor europeo blanco para explicar el exotismo resulta conveniente. Si bien somos los *non-white* quienes lo vivimos y hasta lo podemos llegar a *ejercer*, es el *white* quién nunca lo vive, pero siempre será capaz de ejercerlo sobre otros, sobre nosotros.

Langarita (2015) explica que en el *cruising* algunos son considerados como indeseables porque "Su figura está repleta de segundas intenciones que siempre son cuestionadas y son objeto de duda. Como si las personas inmigrantes no pudiesen tener una sexualidad madura

(...)” (p. 193). Pero además enfatiza en cómo algunos inmigrantes que son exotizados no son considerados parejas sexuales potenciales:

(...) a pesar de que los negros estén en muchas representaciones sexuales de la homosexualidad por sus dotes sexuales (...) La relación sexual con inmigrantes solo se establece cuando existe un marco social que garantice que se trata de una relación marcada por el paradigma occidental, es decir, cuando se puede comprobar que, a pesar de ser negros o árabes, disponen de suficientes recursos económicos y comparten el estilo de vida occidental. Aunque los hombres negros sean un fetiche, solo se convierten en pareja sexual cuando su capital económico y cultural les permite hacerse visibles en espacios sociales normalizados para la interacción homosexual. Lo que permite erotizar determinados cuerpos no son únicamente valores corporales, sino que también sociales, culturales y económicos (Green en Langarita, 2015, p. 193-194).

Dado que las interacciones sexuales ocurren en un *dark room*, ya hay un filtro económico del que no es necesario ocuparse, pues los hombres que allí se encuentran han pagado un *cover* y/o consumido algo lo que indica acceso a recursos. Ahora, en lo que a mí respecta mi hipótesis es que al ser biracial y *light skin* se me perciba como alguien suficientemente occidentalizado, asignándoseme así un estatus social más alto respecto a otras minorías étnicas, lo que da luces para pensar una nueva jerarquía racial (Curington et al., 2015, p. 767).

Además, sabiendo que cumplía el filtro económico y cuando, para algunos hombres, cumplía el filtro de occidentalización, las interacciones en el *dark room* conmigo a menudo eran diferentes a las establecidas con un europeo blanco promedio. Ya he mencionado la norma del silencio para lograr un objetivo sexual en el *cruising* y, además, cómo esta norma no es cumplida, siguiendo a Langarita (2015), por los hombres que por sus atributos están «fuera del mercado», pues seguirla o dejarla de seguir no va cambiar sus posibilidades

sexuales. Sin embargo, algunos hombres con los atributos necesarios para ser considerados atractivos rompían esta norma conmigo.

“Where are you from?, Brazil, right?”, “Hola, ¿te puedo preguntar de dónde eres?”. Estas eran las preguntas más recurrentes con las que se rompía la norma del silencio. Como dije, no se trataba de hombres que necesariamente estuvieran «fuera del mercado», su necesidad no pasaba por improvisar para tener éxito en su objetivo sexual. Pero es difícil apuntar con certeza a una razón por la que lo hicieran. Mis hipótesis, otra vez, son: 1) con estas preguntas querían verificar mis valores sociales y culturales, es decir, verificar que yo estaba lo suficientemente occidentalizado como para iniciar alguna interacción sexual conmigo o; 2) buscaban exotizarme aún más con la respuesta que yo pudiera darles, no es igual de exotizable un biracial francés que un biracial brasilero. Además, no es un secreto que los cuerpos de las y los brasileros están profundamente sexualizados.

En general yo tenía dos respuestas. Cuando me preguntaban solo de dónde era respondía “Guess” o “Adivina”, con lo que, en casi todos los casos, respondían de vuelta: “Brasil”. Pero cuando la respuesta venía con una presunción, es decir, que preguntaban si era de Brasil directamente, mi respuesta era que no. Ante la negativa, lo siguiente era “¡¡Republica Dominicana!!”. También pasaba que cuando me escuchaban hablar en el bar o en la discoteca se acercaban a decirme que mi español era muy bueno. Otra vez asumiendo que yo era de Brasil.

Como dije, no es tan claro asumir la intención de esta pregunta. Pero ante mis dos hipótesis se podría concluir que para algunos hombres no bastaba con ser biracial para considerarme lo suficientemente occidentalizado. O, además de ser biracial, querían llenar un poco más sus imaginarios sobre mí, para que el ejercicio de exotización fuera aún más erótico.

Lo no explorado

Este trabajo tuvo mucho de improvisación. Porque “nada es tan secuenciado como lo pensamos, nada es tan pautado como lo hemos inicialmente imaginado, nada es prolijo y producto de pasos pre-vistos. Siempre hay una cuota de improvisación, de andares inciertos, de lo sorpresivo, de lo imprevisto, y enhorabuena que así sea, pues es central para que la investigación continúe en un andar impaciente, inquieto.” (Borsani, 2014, p. 158). Si el exotismo y mi posición étnico-racial se convirtieron en temas centrales, aunque emergentes, a lo largo de mi investigación la cantidad de temas emergentes abyectos que surgieron no pueden ser condensados aquí. Sin embargo, algunos no se pueden pasar por alto.

Hay unas cuestiones que no puedo encajar en el relato. No por su falta de relevancia, sino por la complejidad teórica y la demanda de reflexión que requieren. Sería irresponsable de mi parte abórdala a la ligera, quizá porque requiere una investigación aparte. Pero también sería irresponsable no mencionarla, porque fue una preocupación con preguntas latentes durante el proceso de escritura y reflexión.

Está esta experiencia con mi ex. Nos quedamos él y yo con un par de sus amigos, una pareja heterosexual, en una casa en Andorra. Era la primera vez que les conocía, bastante agradables ellos. Después de unos huevos revueltos, tocineta y café empezamos a hablar de su trabajo. En realidad, ellos empezaron a hablar porque no sé mucho de medicina y la sangre me da mucho asco. En eso, uno de ellos dice: “No entiendo por qué los gais tienen que hacer un *Pride* si bla bla bla”, lo usual. Estaba de buen humor así que le expliqué.

Tema superado, todo bien, hasta que ella empieza a hablar de los gais a lo que “se les nota que son gais.” Señala a mi ex y dice que se le nota, empiezan a hablar de qué ademanes lo delatan, su entonación y demás. Hasta ahí yo solo veía una *romantic homofobia*,

lo usual. Luego me mira y me dice que a mí se me nota más que a él pero que no pasa nada porque, y vuelvo a citar la frase de antes, “*tú eres como oscurito, pero no tanto, más bien claro, pero no tanto. Eres todo lindo*”.

No hay ningún problema con que a mí se me note, porque, otra vez, la eterna identidad en el limbo y además soy “todo lindo”. No fue la primera vez que me encontré con este tipo de comportamientos. Aunque no me pasó a menudo, no es la primera vez que se me deja de juzgar con el mismo rasero con el que se juzga a un *white*. Pero no me refiero al rasero que pone el foco en cualquier cosa que yo haga para condenarla, me refiero a cuando se me percibe tan *otro* que se me permite casi cualquier cosa. Como a un *alién*.

¿Cómo se va a juzgar a un *alién*? Si llega un *alién* voy a estar curioso a su comportamiento, porque claramente su comportamiento va a ser diferente. Un *alién* es ese *otro* del que se espera cualquier cosa y al que se le permite ser lo que sea porque puede hacer lo que sea. No puedo tratarlo igual porque está muy distante de ser como yo. Soy un *alién* porque se me permite “ser tan gay” como yo quiera a pesar de que a los otros no se les permita. Soy un *alién* porque me exotizan tanto que ni siquiera se me juzga con el mismo sistema de normas de los *terricolas*.

Esta idea debe abordarse con cuidado, porque sí debe existir un sistema de normas desde el que soy juzgado. Loftsdóttir (2016) hace una reflexión alrededor de los WoDaaBe³¹ y su presencia como comerciantes en Bélgica. El autor explica que la forma en que se exotiza a esta comunidad es tal, que a eso mismo se debe su éxito como comerciantes. Se afirma: “(...) Los WoDaaBe, son bienvenidos solo como exóticos “otros” que viajan por el mundo, en lugar de

31. Se trata de una comunidad nómada islámica que circula entre Nigeria, el noreste de Camerún y el oeste de la República Centroafricana.

como trabajadores migrantes que intentan mantenerse a sí mismos debido a la pobreza en casa” (p, 315).

Loftsdóttir continúa explicando que cuando los WoDaaBe son categorizados como los otros exóticos, no son vistos como migrantes ni, probablemente, como musulmanes, y como tales no representan una amenaza. Verles como hombres exóticos tan otros, parece contrarrestar la cualidad de peligro que se le atribuye a las personas musulmanas (2016, p. 309). Desde luego es un sinsentido pensar en el otro como otro que no es ni musulmán ni migrante. Pero esta afirmación es interesante para abordar las formas en las que se negocian las identidades a propósito de su interseccionalidad. Da pie para ahondar en nuevas jerarquías raciales que tengan en cuenta niveles de exotismo.

Niveles que se pueden clasificar en clave del *otro* occidentalizado, el *otro* alíen, el *otro* no deseado, el *otro* deseado, pero no occidentalizado, entre otros *otros*. En todo caso, exotizar no es un ejercicio que dependa exclusivamente de los rasgos del oprimido, es claro que dependerá también del contexto en el que se encuentre: las maneras de exotizar son diversas y cambiantes. De esto dependerá, las interacciones sexuales que se puedan tener: ¿Cuántas veces fui un *alíen* en el *dark room*?, ¿es el *alíen* deseado? ¿cómo se sortea el racismo que excluye y que exotiza?, ¿cómo se excluye deseando?

Antes de continuar al segundo tema es necesario profundizar un poco más en las ideas de Loftsdóttir. No con el ánimo de seguir pensando en los niveles de exotismo, sino para sugerir precauciones al reflexionar sobre su investigación y así saberse alejar de la misma cuando se lo requiera. Más adelante el autor explica:

“Como otros exóticos, asistidos por sus amigos belgas “blancos” y en su mayor parte sin conexión con instituciones formales, los miembros de la comunidad WoDaaBe no necesariamente se encuentran con puntos de vista racistas o anti-musulmanes. (...) su experiencia en Bélgica a menudo difiere de la experiencia de

otros migrantes a largo plazo que han sido blancos de racismo y que observan el racismo en el discurso público. A pesar de no tener experiencia general de confrontación racista directa en Bélgica, la racialización sigue siendo una característica importante de la vida de los WoDaaBe en Bélgica, tal como lo sería en Níger” (2016, p. 311–312).

El autor islandés afirma que, pese a que los miembros de esta comunidad islámica son exotizados, no sufren de racismo. Esta afirmación es preocupante, porque no solo reduce el alcance del racismo en las interacciones cotidianas, sino que además simplifica el problema con el exotismo, llevando a mostrarlo como un tema inofensivo. Más aún al afirmar que su experiencia como sujetos racializados es similar en Bélgica y en Níger. Y aquí es necesario citar a Scott Woods:

“El problema es que los blancos ven el racismo como un odio consciente, cuando el racismo es más grande que eso. El racismo es un sistema complejo de palancas y poleas sociales y políticas creadas hace generaciones para continuar trabajando en nombre de los blancos a costa de otras personas, ya sea que los blancos lo conozcan o no. El racismo es una enfermedad cultural insidiosa. Es tan insidioso que no te importa si eres una persona blanca a la que le gustan las personas negras; Todavía encontrará una forma de infectar la forma en que trata a las personas que no se parecen a usted. Sí, el racismo parece odio, pero el odio es solo una manifestación. El privilegio es otro. El acceso es otro. La ignorancia es otra. La apatía es otra. Y así. Entonces, aunque estoy de acuerdo con las personas que dicen que nadie nace racista, este sigue siendo un sistema poderoso en el que nacemos de inmediato. Es como nacer en el aire: lo tomas tan pronto como respiras. No es un resfriado que puedas superar. No hay clase de certificación antirracista. Es un conjunto de trampas socioeconómicas y valores culturales que se activan cada vez que interactuamos con el mundo. Es una cosa que tienes que seguir sacando del barco de tu vida para evitar ahogarte en ella. Sé que es un trabajo duro, pero es el precio que pagas por tener todo”. (Scott Woods)

Capítulo 3

Por un avance en el estudio de lo *indigno*

“(…) esta conspiración me une a otros, y no de una forma accidental, sino estructuralmente operante. Nunca se hará suficiente hincapié en la función unificadora del silencio, que ha podido ser interpretado por los grandes místicos como la forma por excelencia de la comunicación” (Maffesoli, 1987, p. 1)

Sobre lo *indigno*

Los estudios de lo *indigno* a menudo son leídos como extravagantes y, en el mejor de los casos, se piensa que no van más allá de ser “estudios *cool*” sin avances relevantes en la construcción de conocimiento. Desde luego que el sexo no es el único objeto de estudio que se considera *indigno* desde la academia, pero es el que nos concierne aquí. Los estudios de lo sexualmente *indigno* pasan por ser más que eso “*cool*” que pueda derivar el morbo que destilan. Un morbo que de hecho me interpeló a mí. Más allá de

esto, el estudio de lo *indigno*, como cualquier otro estudio, sirve para descifrar, descomponer, entender y proponer nuevas formas de abordar realidades relegadas. No olvidadas, pero, por su carácter, condenadas a ser pensadas desde la imaginación prejuiciosa y no desde la imaginación sociológica (Mills, 1959).

Dejar de estudiar lo *indigno* desde las Ciencias Sociales es ceder la comprensión racional de la realidad y así ceder el control intelectual, luego el institucional y luego el político. Es perpetuar el adjetivo moral de lo indigno en lo *indigno*. Nuestro estudio de lo *indigno* aquí es sexual, de ahí el morbo que con frecuencia se le adjudica. El mismo morbo que nos aleja de su comprensión y que lo termina controlando. Siempre vale la pena recordar a Guasch cuando dice que “escribir sobre sexo es escribir sobre control social” (1993, p. 107).

Pero estudiar lo *indigno* desde las Ciencias Sociales no es una tarea sencilla. Implica nuevas metodologías, nuevas categorías, nuevas sensibilidades y nuevos enfoques. Implica adaptaciones. Aunque, ¿no es acaso esto lo que nos demanda el estudio de lo contemporáneo? El problema es que lo *indigno* no es contemporáneo y por eso para su comprensión debemos desatrasarnos.

Dejar el estudio de los *dark rooms* a otras disciplinas –a las ciencias de la salud, por ejemplo– es dejar de problematizar desde lo social este espacio en particular. La lectura de las ciencias sociales nos permite resistir a las versiones higienizadas y moralizantes de los *dark room*, deja en evidencia lo político en lo que aparentemente no lo es. No, los *dark rooms* no son espacios que “todo lo permiten”, como lo dicen Cardozo-Cruz y Ramírez-Pereira (2015), afirmar esto es irresponsable e incendiario. Es olvidar las complejidades del lugar. Es olvidar todas las variables que interactúan, lo que producen y cómo son producidas. Es olvidar lo *social*, olvidar que desde aquí se desmontan prejuicios mientras se aparta esa imaginación prejuiciosa desde la que se concibe el sexo anónimo.

¿Qué son lo *dark rooms*?

Las respuestas que se puedan generar desde un estudio como éste, no dejan de ser respuestas parciales. El *dark room*, como el sexo, es multisignificado y resulta imposible condensar todas sus significaciones en una, básicamente porque muchas se excluyen entre sí.

“Depende mucho del contexto, no digo nunca porque una noche me puede traer a un dark room, por lo general, creo que tengo un poco de prejuicio. Qué me parece un poco de pringado ir a un dark room. (...) es como un poco de loser, como de: joder, qué necesitado que estás, ¿sabes? No sé, como qué triste tu vida que tienes que ir a un dark room para... para... para comerte una polla” (Extraído de las entrevistas).

“Pues realmente, ehm... la sensación fue ehm... no sé, la gente estaba muy dispuesta (...) era como que te sentías respetado y... no discriminado en ningún momento por nada, ¿no? y la situación en concreto fue que... pues había un chico que nos empezamos a... le empecé a... a... comer la polla y de allí salió sí...” (Extraído de las entrevistas).

(...) no me gusta, me parece un poco... mucha gente... me agobia un poco, con mucha gente que no conozco que no me gusta, que me esté tocando agarrando. (Extraído de las entrevistas).

“Pues tendría que pensarlo... A mí me parece divertido (...)” (Extraído de las entrevistas).

(...) fue muy mutuo realmente. Fue muy guay, fue el placer de los dos en todo momento... (Extraído de las entrevistas).

Vergüenza, seguridad, respeto, agobio, diversión, placer, pudor e incluso amor:

“(...) La lujuria nos vuelve, pero ya son las 3:30 a.m., tenía media hora para volver al hotel y después al aeropuerto, tuvimos que parar.

–Best 6 euros spent in my life, me dijo al salir del antro. Me acompañó hasta mi casa que estaba camino a su hotel (...) la misma idea de “estoy en Roma por una noche, no me romperás el corazón” en *Mad Men*.³² Quedé en contacto con él por si alguna vez regresa a Barcelona o yo llego a ir adonde él vive. Él no sabe. Yo tampoco. Fue Roma por una noche. ¿Ya ves?, todo muy italiano. Ciao Lorenzo³³ (Nota de mi diario de campo: 5 de octubre del 2017 en el *Dark Place*).

O ansiedad.

(...) ya me he puesto un *deadline*, en 5 minutos voy al baño y sigo para el *dark room*, pero ¿en dónde me voy a hacer?, ¿cruzo los brazos o los dejo a lo largo de mi cuerpo?, ¿pongo cara seria, enojada, o *pokerface*?, ¿a quién miro sin que piense que quiero ligar con él?, hoy precisamente mi libido está por el piso y mi paranoia por las nubes (Nota de mi diario de campo: 6 de abril del 2018 en el *Lowdark Place*).

O incomodidad.

(...) él intenta liarse conmigo, pero en sus besos noto una incomodidad súper fuerte, lo paro y me dice –Lo siento, este lugar me perturba mucho, le digo que nos limitemos solo a mirar y ya está. De repente alguien le toca el culo, se altera, pero se incorpora en un segundo (Nota de mi diario de campo: 20 de abril del 2018 en el *Lowdark Place*).

O nostalgia.

Este *dark room* hace que se me vengan los sentimientos por la nariz, apenas llegué, recorrí el rincón donde estuve con Lorenzo,

32. Serie producida por Weiner Bros, Silvercup Studios y Lionsgate; emitida desde el 2007.

33. Tiempo después Lorenzo me dirá: –Maybe it wasn't completely ephemeral, as you say. Y en efecto, no lo fue.

pero me volví rápido (...) (Nota de mi diario de campo: 23 de marzo del 2018 en el *Dark Place*).

O desesperación.

Un nódulo se empieza a reacomodar, aprovecho y me escabullo un poco, salgo y me agarran con fuerza del brazo, es el puto Moisés – “¿A quién buscas?, ¡DIME TU NOMBRE!”, me grita para aseverar en su insistencia y por el volumen de la música. Lo empujo, encuentro a Marcel y me doy el tiempo de respirar (Nota de mi diario de campo: 12 de mayo del 2018 en el *Halfdark Place*).

El *dark room* no es un *no lugar* (Augé, 2008) como llegué a pensar antes de siquiera ir a campo. El *dark room* es en definitiva un *lugar*. Augé (2008) explica que hablamos de un lugar si este es relacional, histórico y de identidad (p, 83). Y sin duda el *dark room* cumple con estos criterios: en él se configuran todo tipo de relaciones, no solo sexuales; por lo descrito antes, es claro que se trata de un lugar que genera historias; y sobre la identidad, ya hemos visto que la cuestión es más compleja

Las categorías existentes, como *HSH*, *homosexuales*, entre otras, bien contienen una carga moralizante innecesaria por las esferas de conocimientos desde las que son pensadas o bien son limitadas para dar cuenta de los hombres que aquí se reúnen. Sin embargo, espero proponer una alternativa para esto en las líneas que siguen.

Para ello, propongo un ejercicio: entender qué no es, para empezar a saber qué es. Vamos a lo básico. Un *dark room* es un *establecimiento*. Entendamos establecimiento como “todo lugar rodeado de barreras establecidas para la percepción, en el cual se desarrolla un tipo determinado de actividad.” (Goffman citado por Guasch, 1991, p. 119)”.

De momento tenemos entonces que un *dark room* es un *lugar* y un *establecimiento*. Además, por lo abordado en este trabajo, se puede decir que esos límites que se enuncian, según lo que es un

establecimiento, permiten la “especialización y temporalización del deseo homosexual (...) un espejo de Alicia que posibilita el ingresar a una dimensión donde son posibles los contactos y relaciones homosexuales (...) [una] dualidad “dentro” y “fuera”” (Sevilla y Salazar, 1997, p. 42).

Con lo anterior en mente, deberíamos ahora entender qué pasa en este establecimiento. Maffesoli (1987) alude a la mafia como *metáfora de la socialidad* y afirma que:

“[La mafia] No se trataba sólo de un simple *private joke* dirigido a unos pocos. En particular, al insistir, por una parte, sobre el mecanismo de protección ante el exterior, es decir, ante las formas dominantes de poder, y al destacar, por otra, cómo el secreto que esto inducía era una forma de unir al grupo y hacerlo más fuerte” (p. 1).

Así, es posible entonces aproximarnos aún más a una definición del *dark room*. Ya no es solo un lugar multisignificado. Podemos ahora decir que es un lugar y un establecimiento donde se permite la socialidad. Esta última entendida como una *collective privacy*, una forma de protegerse de la imposición monógama y heterosexual,³⁴ desde el secreto, fortaleciendo una solidaridad de base (Maffesoli, 1987, p. 1). Es esto lo que Maffesoli denomina *socialidad subterránea*.

La socialidad subterránea puede entenderse como:

(...) una especie de actitud de solidaridad ante lo prohibido para transgredir el orden social que rechaza contundentemente las relaciones afectivas o sexuales entre hombres. De los cuales se puede inferir la fuerza de la unión de los hombres que se apasionan sexual o afectivamente por otros, y al mismo tiempo, las luchas que se debaten en una sociedad machista y heterosexista que excluye las prácticas contrarias. (García, 2004, p. 58)

34. En breve volveremos sobre esto porque es necesario problematizarlo.

Antes de terminar, cabe aclarar que hemos hablado de la espacialización, pero no de la temporización. Aunque quizá esto nos vuelva a lo primero:

“–I like the night. It’s more than a period of time, it’s another place. It’s different from where we are during the day.

–We are different from who we are during the day. Little more hidden a little less seen. When life is most like a dream.” (Fuller, 2015)

La noche es quizá la madre de la oscuridad. Ya he ahondado en la oscuridad como estructura dentro del *dark room*, ¿es la noche la estructura subterránea en este caso?: La noche admite los espacios y el territorio gay. La noche o la oscuridad son las secuaces gay. Permiten además que la identidad se mantenga en anonimato (Sevilla y Salazar, 1997, p. 42).

Sobre la socialidad

Ya tenemos una definición que se aproxima a lo que es un *dark room* desde la socialidad subterránea. Donde “el secreto instituye lazos sociales específicos entre los que comparten y respecto de aquellos que no, pero que pueden intuirlo o alguna vez conocerlo” (García, 2004, p. 29), en el intersticio, donde todos están, pero no todos se entienden, en una privacidad pública o un espacio público que se privatiza. Pero, ¿qué caracteriza dicha socialidad? Volvamos a lo básico, siempre ahí.

Son los hombres quienes están en el *dark room*, ¿no? Son ellos quienes interactúan, sea cual sea la forma en que lo hagan. Son hombres. Son los hombres quienes se permiten este espacio sin mujeres. Solo con hombres. Son hombres. Son ellos quienes buscan refugio de un mundo heterosexual. Los hombres. Solo entre hombres.

Ellos son los que conviven en la socialidad subterránea, y si solo es entre ellos, deberíamos referirnos a la *homosocialidad subterránea*:

(...) lo propio de esa actitud es el favorecer la conservación de uno mismo, un egoísmo de grupo que hace que éste pueda desarrollarse de una forma casi autónoma en el seno de la entidad más vasta. Esta autonomía, a diferencia de la lógica política, no se hace pro o contra, se sitúa deliberadamente al margen (Maffesoli, 1987, p. 1).

Esta solidaridad que demanda la homosocialidad para su conservación, egoísta de base, y que es abyecta a la regla general, debería inspirar confianza entre sus implicados. Hablamos de unas formas de estar, interactuar, reconocerse y afectarse que no se contraponen ni se integran al sistema dominante, más bien se ponen al margen de este ¿Cómo lograr esta solidaridad entre los hombres?

Maffesoli explica que debe haber unas formas de reconocimiento para, en este caso, los homosociales. Ya lo hemos dicho en Bourdieu: el deseo de ser reconocible por sus similares pero irreconocible por los que no lo son (2000, p. 143-144), es decir, por aquellos con quienes se tiene en común unas experiencias y exclusiones, y así una empatía y una complicidad. Maffesoli (1987) además afirma que, para reconocerse y compartir en la homosocialidad, son necesarios los rituales, ya que permiten “fortalecer el pequeño grupo frente al gran grupo” (p. 2): el *cruising*.

Como se ha afirmado a lo largo de todo el trabajo, el *cruising* es literalmente un ritual de interacción que permite reconocerse, comunicarse, encontrarse y tener sexo. O no hacerlo. El *cruising* es ese ritual que, no solo proporciona un lenguaje para la homosocialidad, sino que permite la configuración de esta al margen de la regla, lo que la hace subterránea. Este ritual logra que la homosocialidad emerja desde la astucia y no desde el ataque, visible pero invisible.

Pero volvamos al *dark room*. El *cruising* que aquí se da no ocurre en un parque, en una playa o en un baño. Ocurre precisamente en

un lugar diseñado para el encuentro. Un lugar seguro para esto. Y aunque ahora es claro que no deja de ser un lugar abyecto, hay una tensión que no se puede desconocer.

La socialización de nosotros, los hombres, es heterosexual y masculinizada. No existe una socialización primaria (Berger y Luckmann, 1998) homosexual. No se nos educó para amar románticamente a los hombres y así mismo se configuraron nuestras masculinidades. No se nos educó para ser cuidadores o para validar otras maneras de expresión de género que no fueran las tradicionales, bruscas, dominantes y opuestas a lo femenino. ¿Por qué esperar entonces que los hombres que homosocializan en *dark rooms* no tengan comportamientos heteronormados a pesar de que están en un lugar al margen de la norma?

No pretendo ser simplista y afirmar que las sexualidades y masculinidades de los hombres son iguales. Tampoco desconozco los procesos que se dan en la socialización secundaria una vez son asumidas orientaciones sexuales no-hetero. Y es que precisamente entender las masculinidades es:

“comprender los significados y el modo en que nuestra sociedad gestiona el orden social. La masculinidad incluye lo que nuestra sociedad define como normativo, bueno, ordenado, y recomendable para los varones; pero también engloba lo que en ellos se considera inadecuado, desordenado o abominable. Esta es una definición normativa: las sociedades definen cómo deben ser los varones.” (Guasch, 2008, p. 33).

Mediante transcurre la socialización secundaria, estas normas no se diluyen en todos. Y en quienes lo hacen, tampoco desaparecen por completo. Estar en un lugar abyecto no nos hace abyectos. En este caso, hace que en gran medida el modelo del que el *dark room* supuestamente se aleja se reproduzca ahí mismo. Cabe aclarar que no estoy entendiendo “la heterosexualidad y la homosexualidad como realidades opuestas, porque forman parte del mismo modelo

de sexualidad” (Guasch citado en García, 2004, p. 67). La tensión que expongo reside entre lo abyecto y lo normado.

El *dark room* es, pues, un lugar de tensión. Un lugar que permite la homosocialidad subterránea, pero que reproduce el modelo del que escapa. Un lugar abyecto a la norma que no logra desprenderse totalmente de ella. Un lugar que posibilita unas prácticas que dentro de la norma no son posibles, pero que en sus formas siguen ciñéndose a ella.

El deseo está normado y no basta con entrar y salir de lo abyecto para desconstruirlo. Se sigue deseando a un hombre varonil: *–A mí me encanta el sexo, eso sí entre machos, nada de plumas ni muñequitas.*³⁵ Se siguen reproduciendo formas de racismo: *–Me gustan mucho las diferencias, (...) morenitos... me gustan mezclas (...) es un gusto intenso, casi un fetiche.*³⁶ Y, a menudo, se sigue olvidando el cuidado por el otro: *–(...) del rollo “te estoy dejando que me la chupes, no que me beses” y me besaba (...).*³⁷ La solidaridad egoísta que les une entre sí, es eso, egoísta. Existe porque en otras circunstancias, esas formas de estar no serían tan posibles.

La categoría

Durante todo el trabajo me referí a los hombres que frecuentan *dark rooms*, como eso, como *hombres*. Ya he insistido bastante en el problema de las categorías que se usan al escribir e investigar sobre sexo. Quizá desde lo anterior sea posible enunciar una ca-

35. Este fragmento de un diálogo se enuncia en el Capítulo 1, se escucha en el *Lowdark Place*.

36. Este fragmento es de una entrevista que se enuncia en el Capítulo 2.

37. Este fragmento es de una entrevista que se enuncia en el Capítulo 1.

tegoría más precisa que englobe a los individuos inmersos en las prácticas, tensiones, rituales y espacios que implican el *cruising*. Pero vamos descartando.

La categoría hombres no es una categoría exacta. Por obvias razones es una categoría que no se enuncia necesariamente desde la sociología de la sexualidad, y es bastante amplia para hablar sobre los hombres que nos interesan aquí. No todos los hombres llevan a cabo prácticas homosexuales. Y sí, admito que referirme a los hombres que frecuentan *dark rooms* como hombres fue un truco enunciativo en los capítulos anteriores para permitirme este debate en este último.

No todos los hombres tienen prácticas homosexuales, pero incluso quienes sí las tienen, no se identifican directamente como *homosexuales*. Usar esta categoría también es complejo, porque implica una serie de valores, ideas y estilos de vida que no son aplicables a todos los hombres que frecuentan *dark rooms*. Hay bisexuales que van a *dark rooms*, hay incluso hombres que se identifican como heterosexuales y tienen sexo con otros hombres. El mismo término “homosexualidad” está encontrando cada vez más rechazo, al considerarlo demasiado limitado en lo que se refiere a su significación e implicaciones” (Gutmann, 1998, p. 11).

Por otro lado, creo que ya he arremetido bastante contra la categoría *HSH* u *Hombres que tienen sexo con hombres*.³⁸ Y quizá nunca sea suficiente. Por ahora retomaré en que esta categoría se construye desde la epidemiología para estudiar únicamente la propagación del VIH entre los hombres que tienen sexo con otros hombres. Pensé en algún momento en usar esta categoría a manera de reivindicación política, porque, a primera vista y alejándonos del discurso de salud pública, funcionaría. Pero la categoría tampoco logra dar cuenta de los hombres que aquí nos interesan. No todos los hombres que tie-

38. Para más información revisar la primera parte del Capítulo 1.

nen sexo con otros hombres lo hacen de forma anónima o en lugares de *cruising* o en *dark rooms*. Está también el sexo romántico, el sexo pagado o el sexo por placer que tienen una serie de rituales sí, pero que no son los mismos a los que nos referimos aquí.

Además, la categoría no tiene en cuenta la realidad cultural que engloba el sexo. Desconoce las relaciones de poder en las que está inscrito el sexo homosexual, sus significados sociales y las rupturas a la norma (Langarita, 2015, p. 188).

Usuarios es una categoría que tienden a usar diversos autores en este tipo de investigaciones. Pero quizá esta no termina siendo tan precisa para referirse a los hombres que llevan a cabo el tipo de prácticas en cuestión. Otra vez la categoría no problematiza en los elementos sociales que interpelan a los individuos que estudia.

Ahora bien, sé que el nombre de esta categoría puede resultar poco atractivo, pero me parece conveniente acuñar el concepto de Maffesoli. No solo por el uso del recurso etnográfico, sino además porque ya he explicado cómo se configuran unas formas de interacción, unas prácticas, unas tensiones y unos lugares alrededor del *cruising*. Estaría bien llamarles *homosociales subterráneos*.

Por homosociales subterráneos se entenderán a los hombres que comparten una serie de códigos, intereses, experiencias y comportamientos que, no solo les permite reconocerse entre sí, sino que además les permite llevar a cabo determinadas prácticas ritualísticas que no son permitidas dentro de las reglas generales que rigen el encuentro público y privado entre hombres. De esta manera, estos hombres no tienen necesariamente un fin político de transgredir el modelo heterosexual y monógamo, sino el de ubicarse al margen de éste para permanecer y estar en secreto. De esta manera, sus maneras de relacionarse logran mantenerse en el intersticio: ni en lo público ni en lo privado, pero en lo público y lo privado al mismo tiempo (Maffesoli, 1987).

Esta categoría no solo es aplicable para los hombres en el contexto del *dark room*, sino para los hombres que, en general, practican el *cruising*.

Más allá –o más acá– de la homosocialidad subterránea

Quiero pensar que he sido bastante preciso al definir qué es un *dark room* y también quiénes son los hombres que los frecuentan. O al menos que me he aproximado a una precisión. Mi intención con esto no es otra más que intentar un avance en el debate en la sociología de la sexualidad y lo indigno para, en algún momento, ponernos a la par con la cantidad de debates que se formulan desde la salud pública y la epidemiología en lo que concierne a los homosociales subterráneos.

Se me hace necesario precisar aquí sobre un elemento más que siempre se aborda en los estudios sobre sexo homosexual: el cuidado. Desde luego no se le llama así y su foco se centra en la trasmisión del VIH. En concreto me referiré al cuidado del *dark room* y a mí cuidado como etnógrafo.

Para el primero, es necesario retomar a Reece y Dodge (2004). Los autores llevan a cabo una investigación que da cuenta de los efectos positivos y negativos del *cruising* en un *college campus*. Estas formas de *cruising* tienen lugar en espacios que, contrario a los *dark rooms*, no están diseñados para ello. Sin embargo, algunas categorías de análisis enunciadas en su investigación serán retomadas para examinar el impacto de los *dark rooms* en la salud de los homosociales subterráneos.

Exploring the Physical, Mental and Social Well-Being of Gay and Bisexual Men who Cruise for Sex on a College Campus (Reece y Dodge,

2004) es un trabajo que hace un esfuerzo por avanzar en la gran necesidad de la salud pública para ver la salud desde una perspectiva multidimensional, que no se centre exclusivamente en el riesgo del VIH/ITS en lo que respecta a los comportamientos sexuales (Reece y Dodge, 2004, p. 126). Es por esto que los autores no analizan solo la dimensión física de la salud, sino que introducen dos dimensiones más: la salud mental y el bienestar social.

Desde la salud mental podemos afirmar que el *dark room* logra satisfacer sexualmente a quienes lo frecuentan. Por la lógica del espacio y la oscuridad, el *dark room* logra, en la mayoría de los homosociales subterráneos, suplir necesidades que no son fáciles de llevar a cabo fuera de él. Es más fácil el *cruising* en el *dark room* que en una plaza –si se cuenta con los recursos para acceder a uno, claro–. El *dark room* permite “convertirse en disoluto sin ser juzgado. [Son] Espacios para disfrutar del sexo con desconocidos (...). Donde la hegemonía heterosexual parecía aplastante e invencible, pero deviene endeble” (Langarita, 2015, p. 112). Existen diversos estudios que analizan la relación entre la satisfacción sexual con la salud mental y el bienestar de los individuos, por lo que es innegable la importancia de la dimensión sexual en el desarrollo psicosocial.

Sin embargo, Reece y Dodge (2004) encuentran que muchos de los usuarios entrevistados “se describieron a sí mismos con una historia de problemas de imagen corporal, en su mayoría sintiendo que su cuerpo no cumplía con los ideales culturales de la belleza física, en particular los de la comunidad gay” (p, 125). Para el caso de los *dark room*, esto no es la excepción. Según la evidencia etnográfica, se puede afirmar que particularmente los hombres viejos, no tienen de otra que hacer de *voyeurs*. No es que ser *voyeur* sea un rol irrelevante o poco disfrutable, sino que estos hombres no tienen necesariamente elección. Las interacciones sexuales directas con ellos no son frecuentes al no reunir uno de los atributos más valorados en el mundo gay: la juventud.

Mientras algunos somos validados otros son invalidados. Esta polaridad puede causar serios problemas de autoestima y salud mental hacia las personas que son relegadas. En el *dark room* se logra satisfacer las necesidades sexuales de muchos, mientras se excluye a otros. Los relegados entre los relegados.

Pero hay que matizar un poco. Vale la pena preguntarse en general sobre los cuerpos diversos. Por poner un ejemplo el mío. Sí que estaba siendo validado por la atención que recibía y, además, el acceso a interacciones sexuales directas no era un problema. Pero después de comprender que en gran parte esto se debía a la racialización de mi cuerpo, surgían preguntas como ¿soy atractivo o solo exotizado? Y desde luego que esto no ocurría solo en los *dark room*. En general, ocurre en la vida cotidiana, pero en los *dark room* esta preocupación se acentuaba en el plano sexual tomando la forma de cosificación.

Pasando a la dimensión del bienestar social, los autores explican el apoyo que pueden recibir algunos hombres para aceptar identidades y orientaciones sexuales que no se ajustan a la norma. Como hemos señalado, el *dark room* es un lugar que contiene tensiones, pese a estar abyecto a una norma heterosexual llega a reproducir mucho de ella. Pero también el mundo gay. Así que no hay razón que niegue que la libertad sexual que pueden proporcionar estos lugares para experimentar con personas de su mismo sexo no constituya un punto importante en el desarrollo sexual (Reece y Dodge, 2004, p. 127), a pesar de que esa libertad no deje de adscribirse a una lógica heterosexual.

Por otro lado, sí que debería examinarse la incompatibilidad de los *dark rooms* con las relaciones de amor romántico monógamo en tanto regla. Reece y Dodge encuentran que esto es un problema para algunos de sus entrevistados. Sin embargo, nada de esto constituyó una preocupación entre mis entrevistados, por lo que no se puede hablar mucho de esto.

Finalmente, en la última dimensión, la salud física, es quizá donde más énfasis haré. Pero cuidado, no pretendo con esto perpetuar la estigmatización que se genera hacia nosotros los maricas. El énfasis se hace precisamente para aclarar con más ímpetu los imaginarios alrededor de las enfermedades de transmisión sexual: “No es lo mismo lo que el poder entiende por el culo de un marica, que lo que un marica entiende por su culo” (Vidarte en Sáez y Carrascosa, 2014, p. 146).

Desde la espacialidad, los autores encontraron que “el espacio físico del campus influyó en la naturaleza de los comportamientos sexuales que podrían realizarse” (Reece y Dodge, 2004, p. 121), reduciendo así, la penetración anal sin protección.³⁹ Esto es homologable para lo *dark rooms* pues, según lo encontrado en la etnografía, se pudo determinar una relación entre la complejidad arquitectónica del espacio y el tipo de prácticas que se llevaban a cabo. Así, si el *dark room* tiene espacios más especializados, como cabinas y demás, se pueden llevar a cabo prácticas que requieren más logística, comparado con los *dark rooms* que cuentan con una arquitectura menos compleja.

Pero la complejidad arquitectónica no es el único elemento que influye en los *dark rooms*. Se ha hecho suficiente énfasis al explicar la cualidad estructural que tiene la oscuridad, lo que esta permite, no permite, dispone y también las formas en que es trasgredida. El problema de la oscuridad dentro los *dark rooms*, hablando en términos sexuales, reside en que no es posible identificar con claridad lesiones que puedan advertir sobre algún tipo de ITS que tenga el sujeto con el que se va a interactuar.

El sexo oral es la práctica sexual más generalizada en los *dark rooms*, la logística que este demanda no es muy compleja. Así mismo, se

39. La penetración anal se considera como una de las prácticas con más riesgo de contagio.

tiende a pensar que es de las prácticas sexuales que involucran los genitales que menos riesgo tienen. Y sí, tiene menos riesgo para contraer el VIH, por ejemplo. Pero no se pueden obviar otras enfermedades, agentes virales o bacterianos.

Durante mi trabajo de campo, una de las medidas de control que tomaba, era hacerme el examen de detección de ITS cada tres meses en el programa *Drassanes Express*. Se trata de un programa coordinado por el Servicio de Enfermedades Infecciosas y el Servicio de Microbiología de Vall d'Hebron, que permite saber en tres horas, tras el examen, si se ha contraído algún tipo de infección. Este programa, además, contiene información en tiempo real sobre el estado de la población en términos de ITS.⁴⁰

Para el 2 de enero de 2018 me hice un examen. Mientras me sacaban sangre, se me informó que había un brote significativo de sífilis en Barcelona⁴¹ y me explicaron qué medidas tomar para identificar la infección. Por los mismos meses, sale un artículo sobre la supergonorrea, una cepa de la gonorrea que resiste a los antibióticos con que se trata usualmente.⁴²

Mi punto con estos datos no es presentar un análisis epidemiológico, sino alertar sobre la responsabilidad. Pero no me referiré a la responsabilidad de los homosociales subterráneos, porque “La historia social del sida [y de las demás ITS] ha sido, en buena parte, la historia de la culpabilización de las víctimas” (Sáez y Carrascosa, 2014, p. 139).

40. Para más información consultar en <http://catalunyaplural.cat>: *Pruebas Express: saber en tres horas si tienes una Infección de Transmisión Sexual y entrar en tratamiento en menos de 72 horas*.

41. Para mayor información consultar en <https://www.lavanguardia.com>: *Aumentan los casos de sífilis y gonorrea en Barcelona*.

42. Para mayor información consultar en <https://www.elespectador.com>: *Reportan dos nuevos casos de “supergonorrea”*.

Helquist y Osmon (2013) examinan la responsabilidad que tienen los *sex businesses* en la salud de los hombres que los frecuentan. Se tienen en cuenta condiciones sanitarias del lugar, advertencias frente a prácticas de riesgo y el acceso a protección y lubricante.

El *Lowdark Place* contaba con acceso a condones gratis y en la entrada del *dark room* tenían un cartel que sugería su uso. Había un baño dentro del *dark room* y otro fuera de este. Cada hora aproximadamente se hacía aseo y se contaba con dispensadores de papel higiénico. El *Halfdark Place* no tenía acceso a protección ni advertía de su uso, no tenía control de higiene y aunque el baño de los hombres estaba muy cerca al *dark room*, había que salir para acceder a él. Por otro lado, el *Dark Place* no tiene acceso a condones, no advertía sobre su uso, no tenía un control higiénico y el baño de hombres está bastante lejos “(...) salimos de lo *dark* a lo no tan *dark*, Lorenzo me mira, se ríe, me toma de la mano y me lleva de prisa al baño. Yo ya me imagino que pasa (...)” (Nota de mi diario de campo: 5 octubre del 2017).

No hay una política de cuidado agenciada por los dueños de los *dark rooms*. El *dark room* no nos cuida. Ni como homosociales ni como clientes. Con esto, no trato de desalentar el acceso a estos espacios, porque como se ha visto, resultan supremamente importantes para los hombres que se los pueden permitir. Se trata de brindar los elementos y advertencias pertinentes para desalentar y reducir el riesgo de los homosociales subterráneos que aquí follan. Riesgo a sentirse discriminados, excluidos e infectados. Se trata de volver estos espacios de seguridad, espacios aún más seguros entre y para nosotros.

Ahora bien, sobre mi cuidado y mis límites como etnógrafo cabe precisar una última cosa. Los límites que decidí ponerme en relación a las prácticas sexuales con mi objeto de estudio que se debieron, en primer lugar, a mis propios estándares de protección. Pese a que soy consciente de que gran parte del estigma de infección en torno

al sexo homosexual es producto de la mediatización que nos sigue mostrando como los enfermos, no podía desconocer que existe un riesgo y que soy vulnerable a cualquier tipo de contagio.

Por otro lado, al ser un homosocial subterráneo dentro del *dark room*, sentía la responsabilidad de cuidarme para cuidar también a los demás homosociales subterráneos con los que yo interactuaba. La ética investigativa en campos de estudios sexuales también debe preocuparse por el riesgo que asumo yo y que los otros asumen al interactuar conmigo. El etnógrafo debe adoptar una política de cuidado consigo mismo para cuidar a los demás.

Conclusiones

Este trabajo sin duda dejó más preguntas que respuestas. No solo para la sociología, sino también para mí y enhorabuena. La etnografía tuvo mucho de improvisación. Desde el comienzo supe que sería así, pero no tanto. Tuve que improvisar hasta conmigo mismo. Las preguntas sin respuesta y la improvisación, que se notó pero que se supo direccionar –o al menos eso quiero pensar–, me dejan un gran aliciente como investigador. Entré con la sensación de tener que responderlo todo. Y encontré más satisfacción con las nuevas incógnitas.

A los *dark rooms*, que me supieron intimidar, les cogí cariño. Mucho. De hecho, me fui a despedir. Una semana antes de irme de Barcelona tuve que volver a decirles adiós. También a decirles gracias. Aunque también que espero que cambien.

Ya había escuchado sobre el *cruising* antes. Nunca lo había practicado. El *dark room* me mostró que existen muchas formas de hacer *cruising* y que este no varía solo por el lugar. Es diferente hacerlo en el parque o en el muelle, sí; pero también difiere de *dark room* a *dark room*. Por ejemplo, a lo largo del estudio encontré una relación inversamente proporcional entre la oscuridad y la complejidad arquitectónica: a mayor oscuridad, menor complejidad. Esto fue crucial para entender cómo se están diseñando estos lugares y, a partir de esto, cómo los *homosociales subterráneos* interactúan, qué estrategias usan, cómo las usan, por qué las usan, qué elementos manipulan a su favor y qué elementos procuran subvertir.

Se encontraron también relaciones directas entre complejidad arquitectónica y los tipos de prácticas. Ante mayor complejidad arquitectónica, mayor era la diversidad de prácticas llevadas a cabo, es decir, más prácticas de riesgo eran posibles debido a la especialización espacial. Así mismo con la oscuridad: si había una cantidad de oscuridad considerable, los comportamientos se desinhibían con más facilidad que si la oscuridad llegara a faltar.

Pero las negociaciones con la arquitectura y el espacio no se dan solo para tener sexo. Aquí también se negocian identidades, imaginarios, cuidados, anonimatos y experiencias. Esto es la socialidad. Una socialidad tan compleja que, además de configurarse desde el deseo homosexual que aún se tiene que esconder, es útil y entretiene. Permite esa emoción de no saber con quién se folla o de quién es esa polla o ese culo o esa boca o esos dedos o esos labios. Una socialidad que además se configura tanto como la oscuridad lo permita, tanto como el espacio así lo valide. Entre todas estas ambivalencias es que se tienen que mover y sortear los hombres que asisten a *dark rooms*.

El 19 de enero de 2019 se inauguró el *Centro LGBTI de Barcelona*, un “equipamiento municipal de referencia en el ámbito de la diversidad sexual y de género dirigido a la ciudadanía”.⁴³ Este es sin duda uno de los avances más significativos para la ciudad en materia de diversidad. En general, en los últimos años se han adelantado gestiones importantes en términos de visibilización sexual. El *dark room*, el *Sex Businesses*,⁴⁴ debería trabajar de la mano con este tipo de instituciones y proyectos. No solo en aras de proteger a sus clientes sino, además, para ir en pro de una lógica que nos permita salir de ese subterráneo. O al menos en donde se avance para que no se nos condene por esto

43. Tomado la página web oficial del Ayuntamiento de Barcelona. Para mayor información consulte *Centro LGBTI de Barcelona* en el portal *Ajuntament de Barcelona*.

44. Helquis y Osmon, 2003.

No se trata de desalentar la asistencia a los espacios socio-sexuales que describimos aquí. Insisto, se trata de hacer esfuerzos para hacerlos lugares aún más seguros para nosotros. Espacios donde la homosocialidad sea aún más inclusiva y garantice la aceptación de muchas más personas.

¿Qué pasa con los hombres que no tienen un capital económico sólido o una red social que les permita vivir su sexualidad con libertad? “El movimiento gay nace para combatir la homofobia, y al final cierta parte del movimiento dice exactamente cómo tienen que ser las personas homosexuales. Si eres pobre, viejo y homosexual no tienes visibilidad social” (Guasch, 2011). Ya hemos visto los efectos positivos en términos mentales, físicos y de bienestar social que pueden ofrecer el *cruising* y los *dark rooms*. Pero valdría la pena además minimizar o anular los efectos negativos que también generan.

Quizá estoy pidiendo mucho. Quizá esta discusión deba abordarse desde los estudios *queer*. Sí, quizá estoy pidiendo mucho.

Mi estancia en el *dark room* removió mucho de mi subjetividad. Uno de los hallazgos más importantes fue evidenciar la necesidad de las ciencias sociales en el abordaje de debates sobre identidades raciales híbridadas. Existe una cantidad importantísima de estudios étnico-raciales que evalúan los desbalances de poder, el racismo y demás en relaciones interracialadas, pero es necesario repensar las jerarquías de poder contemporáneas en los que respecta a los *cuerpos frontera*.

Contar mi historia, no solo como etnógrafo, sino también como individuo contribuye al avance en dichos debates. Porque si no hablo yo, van a hablar por mí. Trabajos como los de Allen (2011), Bailey (2013), Moore (2011) y Miller-Young (2014) según Lane (2014) hacen una gran contribución porque:

Primero, agregan información sobre las experiencias vividas de la subjetividad sexual negra al registro etnográfico. Al agregar estas experiencias al registro, se convierten en parte del limitado pero creciente cuerpo de conocimiento disponible sobre las experiencias cotidianas de los negros dentro de la diáspora africana. En segundo lugar, ponen la teoría feminista negra y la teoría *queer* negra para uso "en el campo". Al hacerlo, ponen a prueba las intervenciones, los conceptos y los enfoques que se han desarrollado utilizando estas lentes críticas, lo que nos permite ver qué sucede cuando los cuerpos teóricos se encuentran con cuerpos reales (p, 634).

Pero aquí además se da cuenta de cómo el campo me afectó. Como etnógrafo y como investigador. Fuera del campo se disolvía una vez más otra frontera, la que divide al etnógrafo del individuo. Gracias a este mis radares raciales (Bonilla-Silva, 2012) se encendieron; y es que me sigo preguntando, si no hubiera hecho un trabajo como este ¿cuándo habría estallado semejante crisis? o ¿siquiera habría estallado?

El campo, además de mostrarme mi identidad étnico-racial, me propuso todas las preguntas que devienen de esta. Sin duda la que me costó más sacar de mi cabeza fue: ¿soy atractivo o exotizado? Esto me puso a considerar que es quizá la salud mental de los afrodescendientes de las más vulnerables y también de las más resilientes. No por esta pregunta, porque quizá muchas de mis preguntas se formulan desde el privilegio, el racismo estructural me abofetea, pero quizá un poco menos fuerte. Me refiero a preguntas que yo tal vez ni siquiera me tenga que hacer.

Según la evidencia etnográfica recogida en las sesiones del *Semillero de Estudios Afrodiaspóricos*,⁴⁵ los y las psicólogas afro son de las profesionales con menores empleabilidad en Cali. Es decir, que los afrodescendientes somos ciudadanos con una salud mental

45. Es un semillero de investigación liderado por el Centro de Estudios Afrodiaspóricos (CEAF) de la Universidad Icesi.

vulnerable por las lógicas racistas a las que se nos expone a diario y, además, son los afrodescendientes profesionales en psicología los que menos trabajo tienen en la capital del Valle. Esos mismos profesionales, son quienes tienen una sensibilidad racial más desarrollada por su propia experiencia. Aunque, de nuevo, esto no debería extrañar, finalmente ¿cuánta atención se le presta a la salud mental de los afrodescendientes en Colombia?

Otra inquietud que nunca dejó de retumbar fue ¿por qué apenas ahora me entero de que no soy blanco? No voy a culpar únicamente a la academia, y además ya hay todo un capítulo que explica cómo se da la reciente emergencia de esta conciencia. Pero sí hay que ser críticos con la academia. ¿Por qué yo nunca había considerado que mi condición étnico-racial iba a mediar en mis trabajos de campo? Quizá es igual que en mi crianza: se me educó como un etnógrafo blanco.

Tuve que improvisar. Desde el racismo tuve que improvisar. Tuve que embadurnarme de ese racismo, aventajarme de lo poco que este me dejaba y luego alejarme del mismo. ¿Es posible usar el racismo como herramienta metodológica? El residuo de las relaciones de poder me permitió: conseguir entrevistas, entrar a *dark rooms* cuando no podía pagarlos y recoger información mía que yo mismo no podía enunciar, que solo la podía explicar el otro. Ahora el *otro* blanco. En la metodología, encontré una manera de aprovechar de verdad ese racismo para, proponer avances en su desmontaje.

Curington et al., (2015) sugieren cómo puede estar emergiendo la nueva jerarquía racial que clasifica a los cuerpos frontera de la que hablaba antes. Su investigación precisa en esto desde el contexto de citas online, teniendo en cuenta cuatro teorías: *white equivalence*, *hypodescent*, *multirracial in-betweenness* y lo que ellas llaman *multirracial divided effect* (p, 764). La primera se refiere al acceso al “Whiteness” que pueden tener algunos individuos, teniendo en cuenta cómo construyen su identidad y las formas en que les validan; la segunda es un tipo de categorización racial en la que se le asigna un estatus inferior al individuo;

multirracial in-betweenness es el intersticio, se trata de quitar y poner sistemáticamente privilegios sobre los individuos; y, finalmente, *multirracial divided effect* se refiere a la preferencia de un cuerpo frontera por encima de los demás. Desde estas teorías, podría examinarse cómo se están racializando a los individuos y así entender las formas en que se está gestionando el racismo en la contemporaneidad.

Con este precedente, también valdría la pena proponer estudios que exploren las maneras en que los individuos negocian sus interseccionalidades, especialmente cuando su categoría étnico-racial se ubica en ese intersticio que mencioné antes.

Finalmente, es además importante investigar sobre las formas de migración no tradicionales. En concreto la migración LGBTIQ+. La que va desde el privilegio, quienes pueden permitirse cambiar de país de residencia para vivir con libertad su sexualidad, hasta la que se pregunte sobre los refugiados por discriminación sexual. Este tipo de investigaciones, además de matizar en las razones para migrar o refugiarse, deberían ahondar en las formas en que se asumen los individuos post-migración. Es decir, qué actividades hacen y dejan de hacer, qué ademanes abandonan y cuales son adquiridos, y hasta sus cambios en la estética. Esto podría dar cuenta de la oferta que les da su nuevo país de residencia, pero además del cambio de matrices de opresión.

Para terminar, es necesario ser crítico conmigo mismo. Narrarme siempre puso en tensión las formas en las que yo estaba reflejando mi identidad y desde dónde la estaba narrando. Aunque escribir sobre mí fue un ejercicio indispensable en esta investigación, resulta también necesario puntualizar en Butler. La autora en *Dar cuenta de sí mismo. Violencia ética y responsabilidad* (2009), teoriza alrededor de una serie de reflexiones sobre la subjetividad. No es mi intención aquí introducir de manera basta sus reflexiones dentro de las mías, pero tampoco puedo obviarlas. Por esto, de manera muy sucinta y tímida, traigo a la autora para sugerir una visión crítica frente al «yo» que narro.

Butler (2009) explica la imposibilidad de no actuar performáticamente cuando se cuenta la historia del «yo». Es decir, que existe una ruptura en el ejercicio de narrarse a sí mismo porque “La única historia que el «yo» no puede contar es la de su propio surgimiento como «yo» que no solo habla, sino que llega a dar cuenta de sí mismo” se trata de lo “no narratizable en medio del relato” (p, 95).

¿Qué tanto no pude narrar entonces? Deben existir ciertos límites en mi escritura, en la forma en que doy cuenta de la configuración de mi identidad. Butler dice que el «yo» no se puede contar a sí mismo y entre más se cuente más irresponsable se es. Pero ¿acaso no fue lo que intenté hacer?, ¿qué tantos límites me salté?, ¿qué tan irresponsable fui mientras reflexionaba y escribía sobre mí? Pero, además ¿qué tan performático estoy siendo en la historia sobre mí como sujeto biracial, marica, etnógrafo y etnografiado?

Instigo a retomar mi narración desde una postura aún más crítica. Y me refiero a “aún más crítica” a propósito de lo que ya requiere los temas discutidos. Como dije, no pretendo ahondar con las reflexiones de Butler en el relato ya construido sobre mí, porque sin duda requerirían un capítulo o quizá una investigación diferente para pensar la narración de la interseccionalidad desde el «yo», pero es una preocupación y una advertencia latente que no puedo pasar por desapercibida.

Nunca dejé de pensar ¿qué tan blanqueado sigue siendo el «yo» que narra?, ¿qué parte del «yo» que se narra se sigue exotizando?

Referencias

- Anoop, N. (2006). After race: Ethnography, race and post-race theory. *Ethnic and Racial Studies*, 29(3), 411-430, DOI: 10.1080/01419870600597818.
- Augé, M. (2008). *De los lugares a los no lugares*. En: *Los no lugares: espacios del anonimato: Una antropología de la sobremodernidad*. Gedinsa Editorial.
- Berger, P. y Luckmann, T. (1998). Internalización de la realidad; Internalización y estructura social. En: *La construcción social de la realidad*. Argentina, Amorrortu Editores, 164–216.
- Blázquez, G. y Liarte, A. (2018). De salidas y derivas. Anthropological Groove y “la noche” como espacio etnográfico. *Íconos, Revista de Ciencias Sociales*. Quito, Ecuador, (60) 193–216, DOI: 10.1080/01419870600597818.
- Bonilla-Silva, E. (2012). The invisible weight of whiteness: the racial grammar of everyday life in contemporary America. *Ethnic and Racial Studies*, 35(2), 173–194, DOI: 10.1080/01419870.2011.613997.
- Borsani, M. E. (2014). Reconstrucciones metodológicas y/o metodologías a posteriori. *Astrolabio* (13), 146–168.
- Butler, J. (2009). El «yo» y el «tú». En: *Dar cuenta de sí mismo. Violencia ética y responsabilidad*. 1ra edición, Amorrortu, Colección Mutaciones. Buenos Aires, Argentina, 94–115.

- Burke, J., Wessler, C., Currie, B., Farrelly, P., Vallelonga, P. (productores) y Farrelly, P. (director). (2018). *Green Book* [Cinta cinematográfica]. Estados Unidos: DreamWorks Pictures.
- Cardozo-Cruz, M. y Ramírez-Pereira, M. (2015). Los cuartos oscuros y los hombres que tienen sexo con hombre: haciendo visible lo invisible. *Revista de Salud Pública*. 17(6): 886–898, DOI: 10.15446/rsap.v17n6.47006.
- Curington, C., Ken-Hou, L. & Hickee, J. (2015) Positioning Multiraciality in Cyberspace: Treatment of Multiracial daters in an Online Dating Website. *American Sociological Association* 80(4) 764–788. DOI: 10.1177/0003122415591268.
- Díaz-Benítez, M. E. (2007). *Dark Room aqui: um ritual de escuridão e silêncio*. São Paulo, Brasil, Cuadernos de campo (16), 93–112.
- Díaz-Benítez, M. E. (2013). Algunos comentarios sobre prácticas sexuales y sus desafíos etnográficos. *Apuntes de investigación del CECYP* (23), 13–33.
- Dunn, C., Wray, M. y Mancini D. (producción). (2013). Hannibal [serie de televisión]. Estados Unidos: Gaumont International Television/NBC.
- Fanon, F. (2009). El negro y la psicopatología. En: *Piel negras, máscaras blancas*. Ediciones Akal, S.A., 133–174.
- Gamson, J. & Moon, D. (2004). The Sociology of Sexualities: Queer and Beyond. *Annual Review of Sociology* 30, 47–64. DOI: 10.1146/annurev.soc.30.012703.110522.
- García, D. (2004). Cruzando los umbrales del secreto: Acercamiento a una sociología de la sexualidad (tesis de maestría). Universidad Nacional. Bogotá, Colombia.
- Gómez, C. (24 de febrero de 2019). Green Book: el complejo del salvador blanco. *El Espectador*. Recuperado de: <https://www.elespectador.com/>

- Grau-Muñoz, A., et al., (2015). Cruising y e-citas: un nuevo contexto para los encuentros sexuales ente hombres jóvenes que tiene sexo con otros hombres. *Cad. Saúde Pública. Rio de Janeiro*, 31 (11), 2303–2312. DOI: 10.1590/0102-311X00000215
- Grindr [Grindr]. (2 de octubre de 2018). *Grindr Users Talk About Transphobia | Kindr Ep. 3*. [Archivo de video]. Recuperado de <https://www.youtube.com/watch?v=vLrEtSd3ttE>.
- Guasch, O. (1993). Para una sociología de la sexualidad. *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*. 64(93), 105–121.
- Guasch, O. (2008). Los varones en perspectiva de género. Teorías y experiencias de discriminación. *Asparkía*, 19, 29–38.
- Guasch, O. (1991). “Ciencias normales” e “Instituciones y escenarios”, En: *La Sociedad Rosa*. Anagrama, Barcelona. 11–46, 109–135.
- Gutmann, M. (1998). Traficando con hombres: La antropología de la Masculinidad. *Revista de Estudios de Género La Ventana*.
- Helquist, M. y Osmon, R. (2003). Beyond the Baths: The other Sex Businesses, *Journal of Homosexuality*, 44 (3/4), 177–201, DOI: 10.1300/J082v44n03_08
- Husbands, W., et al., (2013). Black gay men as sexual subjects: race racialisation and the social relations of sex among Black gay men in Toronto. *Culture, Health & Sexualities*, 15(4), 434–449, DOI: 10.1080/13691058.2012.763186.
- Lane, N. (2016). Bringing Flesh to Theory: Ethnography, Black Queer Theory and Studying Black Sexualities. *Feminist Studies* 42(3), 632–648.
- Langarita, J. A. (2015). *En tu árbol o en el mío, Una aproximación etnográfica a la práctica del sexo anónimo entre hombres*. Barcelona, España, Edición Bellaterra.

- Langarita, J. A. (2017). On sex in fieldwork: Notes on the methodology involved in the ethnographic study of anonymous sex. *Sexualities*, 0(0) 1–15, DOI: 10.1177/ 1363460717716581.
- Langarita, J. A. (2013). Sexo sin palabras. La función del silencio en el intercambio sexual anónimo entre hombres. *Revista de Antropología Social*, 22, 313–333, DOI: 10.5209/rev_RASO.2013.v22.43193.
- Ledda, E. (26 de abril de 2011). Entrevista con Oscar Guasch—“Ser macho mata”. Recuperado de <https://www.pikaramagazine.com>.
- Loftsdóttir, K. (2018). Global citizens, exotic others, and unwanted migrants: mobilities in Europe. *Identities*, 25(3), 302–329, DOI: 10.1080/1070289X.2016.1233879
- Maffesoli, M. (1987). *La Hipótesis de la Centralidad Subterránea. Traducción de Faustino Fernández Inclán*. Madrid, España [Tomado de: *Revista de Occidente* (73)].
- Pulver, A. (10 de enero de 2019). *Green Book film-makers in line of fire as sexual and religious controversies emerge*. *The Guardian*. Recuperado de: <https://www.theguardian.com>.
- Reece, M. & Dodge B. (2008). Exploring the Physical, Mental and Social Well-Being of Gay and Bisexual Men Who Cruise for Sex on a College Campus. *Journal of Homosexuality*, 46(1/2), 111–136, DOI: 10.1300/J082v46n01_03.
- Sáez, J. y Carrascosa, S. (2014). *Por el culo. Políticas anales*. Tercera edición, Barcelona y Madrid, España, Egales.
- Sevilla, E. y Salazar, A. (1997). *De las Relaciones Íntimas: El Caso de los Lugares Gay de la Ciudad de Cali*. Boletín Económico (30). Universidad del Valle.
- Suárez-Krabbe, J. (2011). En la realidad. Hacia metodologías de investigación de coloniales. *Tabula Rasa*, (14), 183–204. Bogotá, Colombia.

The Economist. (2017). *The world's most dangerous cities*. Recuperado de <https://www.economist.com>.

The Economist Intelligence Unit. (2017). *SAFE CITIES INDEX 2017: Security in a rapidly urbanising world*. Recuperado de <https://perspectives.eiu.com>.

Vergara-Figueroa, A. (marzo de 2019). “¿Lo suficientemente negro? ¿Para qué?”. En M. Ariza (presidencia), *Colonialidad Exótica, Racismo Encarnado*. Conversatorio llevado a cabo en el Centro Cultural Colombo Americano, Cali, Colombia.

Visit Gay Barcelona. (2019). *LGBT Barcelona, the official gay map*. Barcelona, España. Recuperado de <http://visitgaybarcelona.com>.

Sobre el autor

Alexánder Alegría Lozada

Sociólogo y profesional en Mercadeo internacional y Publicidad de la Universidad Icesi. En la actualidad es investigador cualitativo en la Dirección de Investigaciones de Profamilia (Bogotá, Colombia).

Correo electrónico: alxlozada22@gmail.com

ORCID: <https://orcid.org/0000-0001-8349-8139>

Otros títulos de la Editorial

2021

/ Historia(s), relatos y memorias. Miradas desde lo local /

Luis Fernando Barón y Adolfo A. Abadía (eds.)

DOI: <https://doi.org/10.18046/EUI/tirant.2021.1>

2020

/ Perspectivas de género en la educación superior: una mirada latinoamericana /

Isabel C. Jaramillo Sierra y Lina F. Buchely Ibarra (coords.)

DOI: <https://doi.org/10.18046/EUI/ee.12.2020>

2019

/ EntreLazadas (Relatos de historias compartidas) /

Heydi Lorena Acevedo Pulecio y Nicolás Ulloa (eds.)

DOI: <https://doi.org/10.18046/EUI/aceh.12.2019>

/ El cambio social y los tribunales. Opciones en el conjunto de herramientas de los activistas para la promoción y defensa de los derechos /

Mónica Roa y Barbara Klugman

DOI: <https://doi.org/10.18046/EUI/aceh.10.2019>



5
años

Este libro se terminó de editar en noviembre de 2021. En su preparación se emplearon tipos Fira Sans en 10/14 y 9/12,5.

En este libro el autor consigue establecer relaciones –en ocasiones de gran alcance sociológico– entre la ciudad de Barcelona y su condición de marica birracial o entre la arquitectura de los *dark rooms* y el tipo de prácticas sexuales que los hombres tienen en ellos. Su trabajo habla de deseo y consigue describir la experiencia de desear sin aislar lo que hay en esta de estructura patriarcal, de gozo subjetivo, de fiesta y de poder masculino. Critica las formas de discriminación y valoración sexual que sobre los cuerpos se establecen entre hombres, pero también sucumbe a ellas y las aprovecha y, sobre todo, expone diáfamanamente estas contradicciones. Encuentra que los *dark rooms* tienen una estructura, que moldea y regula la sexualidad, y que no todo es posible en ellos, como le había sugerido la literatura que encontró sobre el tema: esta estructura es la oscuridad, propiciada por la complejidad arquitectónica, frente a la cual los sujetos no tienen de otra que plegarse o intentar subvertirla con tácticas deficitarias.

Viviam Unás

